

TEMAS SEXUALES

A. MARTIN DE LUCENAY

costumbres salvajes

1'25 PTS.

TEMAS SEXUALES

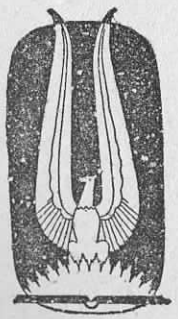
BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

45

A. MARTIN DE LUCENAY

COSTUMBRES SALVAJES

Las ceremonias de iniciación sexual.—El galanteo y el noviazgo.—Costumbres matrimoniales.—El embarazo y el parto.—La magia erótica.—El sexo y el más allá



EDITORIAL FENIX
FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
FEBRERO 1934

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4, MADRID

PROLOGO DEL TEMA

A medida que el observador va descendiendo por la escala de la civilización, se encuentra con aspectos diferentes de la cuestión sexual, aspectos que, indudablemente, se aproximan más a las leyes de la naturaleza, y muestran más intimidad con ellas, hasta el punto de subordinarse por entero a la naturaleza misma.

Cuanto más refinada es la civilización de un pueblo y más firmes son sus bases de cultura, menos natural es su existencia, menos lícitos sus placeres y más artificiosos resultan los sistemas adoptados por armonizar los intereses de la raza, muy legítimos y respetables, con los de la cultura y la sociedad, siempre convencionales y subordinados al imperio de una moralidad arbitraria e injusta, pero necesaria, a pesar de todo, para el equilibrio más o menos perfecto del magno edificio social.

Nuestra vida sexual, que de muchísimos siglos a esta parte ha asumido las proporciones de un gigantesco problema sin solución digna, es decir, satisfactoria para todos los criterios, resulta verdaderamente incomprensible a los pueblos de civilización primitiva. Ni por casualidad se encuentra a un sólo hombre, por muy sabio y civilizado que esté, que sea capaz de esbozar el menor gesto de sincera indulgencia ante nuestros métodos, a no ser que haya perdido por completo su espiritualidad racial, lo que no ocurre jamás.

La causa esencial de esta actitud radica en el hecho de que esos pueblos, bárbaros o semicivilizados, separan en absoluto a la moral de las funciones y actos inherentes a la reproducción de la especie. A lo sumo, el aspecto sexual de la vida puede prestarse a servir de motivo de buen humor, ya que se le toma por el lado cómico, o, por el contrario, los actos sexuales tienen la más grave y solemne importancia religiosa, no sólo por lo que representan en la perpetuación de la raza, sino también por los placeres que en ellos se contienen como compensación de los trabajos y sufrimientos en la lucha por la existencia.

Si un salvaje no se explica las razones que nosotros podemos tener para reprimir los impulsos naturales contraviniendo las sabias disposiciones de la naturaleza, en los medios supercivilizados hay multitud de gentes que comprenden perfectamente el porqué de esas costumbres primitivas.

Sea en el aspecto cómico, en el religioso o el mágico, los pueblos salvajes nos ofrecen un rico venero de estudio que no es posible despreciar, ya que todas esas facetas, usos, costumbres y métodos se inspiran en razones tan poderosas, que de ellas depende el desarrollo y progreso de toda su cultura. Tales son, por ejemplo, las ceremonias de iniciación sexual, e incluso erótica, si queremos decirlo con más propiedad, que celebran los indígenas de muchos pueblos, los cuales están persuadidos de que sólo de esta preparación depende el bienestar de los matrimonios y la buena educación de los hijos, su porvenir y su salud para enfrentarse con los múltiples peligros de la vida.

Estudiando las costumbres de estas razas, no cabe duda que nos encontramos con detalles extraños que para nosotros no tienen explicación. Pero ello ocurre porque no es posible comprender tampoco el alcance de las influencias mágicas, hipnóticas o astrales, ciencias que nosotros denominamos ocultas, con el afán de encubrir nuestro ignorancia.

La asociación de las ceremonias religiosas a todos los actos sexuales, no es más que una prueba de la gran importacia que tiene la procreación. Esos pueblos no tienen en su existencia aspecto más grave y respetable que el de la sexualidad; ni las ceremonias fúnebres siquiera, a las que entre los civilizados se concede la máxima importancia, representan en sus costumbres un acto trascendental. Saben que con la muerte queda destruída la energía material del ser, mientras que los ritos sexuales o eróticos significan todo lo contrario, es decir, la continua reproducción de la especie.

Que tenga más importancia un nacimiento que una defunción, es algo que nosotros no comprendemos en la misma medida que supone para los pueblos salvajes. El ser nuevo es para ellos una promesa, mientras que el muerto sólo puede ser, a lo sumo, un espíritu; pero nada material, nada útil, nada que merezca los máximos honores. "Vosotros adoráis a los muertos—me decía un indígena brasileño—, de los que nada se puede esperar, y, en cambio, recibís con indiferencia a un recién nacido que, con los años, puede ser un jefe, un guerrero o un mago." Y decía esto durante la celebración del nacimiento de dos hijos de otros tantos matrimonios de humilde condición, que son recibidos en el mundo con idénticos honores que los del jefe de la tribu.

Pero la solemnidad y el atuendo de todas estas fiestas resultan pálidos comparándolos con los que tienen lugar cuando es llegada la ocasión de iniciar la visa sexual reproductiva, lo que sucede en edades que varían según la naturaleza de esos pueblos, pero que en algunos es bastante prematura, si nos atenemos a la capacidad biológica de los individuos.

Tras la enorme perspectiva que entre esos pueblos y nosotros nos abre la moral y los convencionalismos, no hay más que innaturalidad, prejuicios e incomprensiones. Y esto se comprueba comparando los resultados beneficiosos de un sistema y las consecuencias deplorables de otro que, al fin y al cabo, tienen un reflejo evidente en la verdadera moral de la naturaleza, de la que nosotros tenemos que vivir tan alejados.

LAS CEREMONIAS DE INICIACION SEXUAL

La respetabilidad de las funciones sexuales. La responsabilidad de la perpetuación de la raza. — Una ceremonia entre los indios del Brasil.—El desarrollo pubertal.—El simbolismo de los adornos.—Las matronas.—Lo australianos.—Los tahitianos.—La «Chensamwali» de los africanos.—Las enterradas vivas. Cómo se preparan las mujeres esquimales. Los zulús.—En la India.—En Asia.—Las solteras siberianas.

Entre las gentes de los países civilizados, las cuestiones sexuales carecen de esa responsabilidad que debe ser natural en un aspecto tan importantísimo como es el de la reproducción de la raza. Toda la orientación de los educadores, basados en conceptos oscuros de una moral artificiosa, se afirma en esos principios que niegan a la naturaleza sus derechos fundamentales; los problemas del sexo se prestan, casi siempre, a interpretaciones alegres o humorísticas, y los placeres y alegrías de la juventud masculina no son completos si falta el elemento erótico, que es la ausencia de todas las "juergas" y orgías.

Es sólo, pues, al margen de la moral y de las buenas costumbres—según esas interpretaciones—donde se desarrolla el elemento más formal de las relaciones sexuales y donde la iniciación del joven se realiza de una manera insidiosa, oculta y furtiva. Así resulta que el acto más grave y solemne de la vida, el más serio y respetable, puesto que de él depende la perpetuación de la especie, resulta poco menos que un intolerable delito perpetrado contra la moral y las buenas costumbres y aún contra las leyes también. La sexualidad es una práctica ilegal, risible y deshonesta, fuera de los límites prescritos por los convencionalismos; así lo quiere nuestra sociedad, en pugna con todas las leyes naturales, que son la base exclusiva de la vida de los pueblos primitivos, en los que ese acto,

de importancia suma, para cuya comisión nosotros nos ocultamos bajo todas las hipocresías, todas las máscaras y todos los procedimientos, resulta el motivo más respetable y digno que puede observarse y hasta el que merece los mayores honores religiosos o mágicos. El mismo Stanley Hall, refiriéndose a la indiferencia que los pueblos civilizados muestran ante tan importantísimo aspecto de la vida, concede la máxima importancia a la iniciación sexual de la juventud. "Es posible—dice—que, en el porvenir, este género de iniciación sea considerado como nulo, y los peritos en la materia puedan indicarnos, con más seguridad que hoy en día, la mejor manera de cumplir con este deber nuestro frente a las mil exigencias, tipos y fases de la juventud; entonces, nos convenceremos que este importantísimo tema puede ser el motivo fundamental de una labor pedagógica grande y transformadora, así como una excelente oportunidad para la explicación y enseñanza religiosa."

Todos los pueblos primitivos, como hemos dicho, asocian la religión a los hechos sexuales. Este sistema, que representa también la revelación del sentimiento religioso, se encamina a dotar al joven, más que a la muchacha, del sentimiento de la responsabilidad de su papel en la vida, a la vez que comprende el reconocimiento de las virtudes masculinas que es preciso demostrar en multitud de actos, tales como pruebas de resistencia física y mental, dolores, habilidades y hechos que deben evidenciar la fortaleza de los músculos del cuerpo y del alma.

Estas disciplinas severísimas, que a veces duran varios meses, tienen por objeto exponer ante la tribu las energías y condiciones de que están dotados los individuos jóvenes que, en lo futuro, tienen a su cargo la gran responsabilidad de perpetuar la raza. Se diferencian estas prácticas de las de la selección sexual, ya que estas últimas se relacionan mejor con los sentimientos psíquicos que acompañan al galanteo y a la conquista. Ningún joven, pues, puede aspirar a la unión matrimonial si antes no ha demostrado las aptitudes necesarias exigidas tradicionalmente por los tribunales que forman los ancianos experimentados. La selección, naturalmente, sólo puede efectuarse entre individuos ya aptos, según el juicio de los ancianos.

Algunas veces, estas ceremonias son de una magnífica grandiosidad salvaje. Las muchachas son brutalmente violadas por los iniciadores en presencia de sus padres y de toda la tribu. Pero los padres, lejos de inquietarse, parecen sinceramente satisfechos, sobre todo

cuando sus hijas soportan la terrible prueba con un gesto de satisfacción, de valentía y de respeto hacia las viejas tradiciones.

Entre los indios brasileños de las regiones bañadas por el Amazonas y sus afluentes, estas ceremonias duran bastantes días, y su carácter más bien parece orgiástico y libertino que los ritos de un ceremonial religioso y casi místico.

No es posible olvidar el maravilloso espectáculo de una muchedumbre de niños en edades de diez a trece años, ellas completamente desnudas y ellos con un taparrabos de un tejido blanco confeccionado con fibras vegetales, con los cuerpos pintados de rojo y con múltiples adornos simbólicos, religiosos o sexuales, entregados a unas danzas y cánticos incomprensibles para nosotros.

Llegamos el mismo día en que iban a comenzar las fiestas de la pubertad, las cuales terminan con la iniciación sexual de estas criaturas. Es un pequeño poblado en el que vive un centenar de personas en siete grandes edificios construídos de barro, con tejados de cañas y hojas de palma.

En el centro de la gran plaza, que limitan las construcciones citadas, han colocado un alto mástil, rematado por una imitación fálica, de la que penden cintas y cuerdas de liana, las cuales han sido confeccionadas por los jóvenes de ambos sexos que van a tomar parte en la fiesta.

A la caída de la tarde de un día primaveral, empezaron a llegar a la plaza hombres y mujeres de edad, ellos ataviados con sus mejores galas y ellas completamente desnudas. Estas pobres hembras, agotadas por el trabajo y los partos, parecían brujas. El sol hacía brillar el bronce rojo de su piel limpia que, a veces, tenía tonalidades de oro. Contemplando a estas mujeres inmóviles, daban la sensación de estatuas o imágenes de una religión bárbara y fuerte. Estas no mostraban ningún adorno ni pintura en toda su piel.

A continuación llegaron las muchachas, algunas de diez años de edad, y tan niñas, que apenas podían diferenciarse de los jóvenes más que por el tenue relieve de los senos. Otras estaban perfectamente desarrolladas, y aún podían aparentar diez años más de los que, en realidad, tenían. Pero un detalle que no es posible dejar de advertir, era la anchura de sus caderas, es decir, los perfectos diámetros pélvicos que constituían un anuncio de su capacidad reproductiva. Este desarrollo no lo consiguen las niñas a una edad determinada, y resulta que, más bien que por la edad, es por estos

caracteres anatómicos por los que se aprecia la ocasión de iniciar a la joven en los ritos del amor reproductivo.

Las muchachas están completamente depiladas: ni en el sexo, ni en las axilas, ni aun siquiera en las cejas ni los párpados han dejado la más leve huella de vello. Las cejas están imitadas con pintura, lo mismo que las pestañas; sostienen estos indígenas, lo mismo que otros muchos de pueblos más alejados, que los hombres y las mujeres tienen que diferenciarse de las bestias en que no tienen pelos en el sexo.

Sus adornos consisten en diademas de pequeñas plumas colocadas entre el cabello que llevan peinado en melena. Estas plumas o trocitos de piel de mono, están teñidos de rojo y de verde.

Las pinturas que muestran en el cuerpo, todo teñido de rojo, semejan tatuajes de colores rojo vivo, azul, amarillo y blanco, obtenidos de las hojas y raíces de ciertas plantas tintóreas, especialmente del fruto del "ouroucou" y el "guenipán". Estos dibujos son, a veces, símbolos sexuales o religiosos y otros simples detalles decorativos minuciosamente ejecutados en caprichosos arabescos.

Las muchachas llegaron al centro del grupo formado por las mujeres, y éstas ensancharon el círculo para que pudieran moverse con más facilidad. Inmediatamente empezaron a cantar con cadencias suaves y monótonas a la vez, que las mujeres de más edad hacían un ruido discreto con unos raros instrumentos de hueso y de la espina dorsal de ciertos pescados.

La danza inicial se realiza cogiéndose las niñas de las manos como si jugasen al corro, pero de forma que todos los movimientos son acompasados coincidiendo con el ritmo marcado por los cánticos e instrumentos. Esta danza dura cerca de una hora, repitiéndose constantemente los mismos motivos musicales. (Lámina I.)

Al cabo de ese tiempo hacen su irrupción en la plaza los jóvenes que también van a iniciarse en los misterios del sexo, acompañados de los guerreros y cazadores más vigorosos del poblado. Los muchachos, además del taparrabos, llevan un cinturón de cuero, cuya misión nos resulta desconocida. Se puede saber la profesión de cada uno fijándose en los atributos que adornan su cabeza: unos se adornan con pieles de mono, rabos de vicuña, plumas de avestruz, etcétera, y además ostentan collares construídos con colmillos de animales carnívoros o grandes peces.

Estos objetos quieren decir que los jóvenes ya son aptos para la caza o la pesca, actividades las más productivas a que se dedican estos salvajes. Como las muchachas, llevan todo el cuerpo teñido de rojo y adornado con dibujos de colorines que semejan tatuajes. (Lámina II.)

Después de formar una fila que se mueve serpenteando por entre las mujeres y muchachas, arrecian los cánticos y ruidos hasta producir un fracaso ensordecedor. Uno de los más valerosos de los hombres que acompañan a los jóvenes, se precipita sobre una de las muchachas a la que arrebata conduciéndola a pocos metros del lugar de la ceremonia, y allí la viola, desvirginizándola. A esta señal, los demás guerreros ya iniciados hacen lo mismo con las demás muchachas, que apenas si realizan ligeros esfuerzos para desasirse de los brazos hercúleos de sus aprehensores. No hay caricias, ni mimos ni halagos: el acto tiene lugar de una manera violenta y brutal, mentras los gritos y cánticos se multiplican. Las escenas de lucha, completamente fingida, se prolongan después de la iniciación; es seguramente el dolor físico que experimentan las muchachas violadas lo que las induce a esquivar las acometidas de los machos más vigorosos.

Las matronas tampoco permanecen inactivas: a los pocos instantes de haber empezado los hombres, ellas se apoderan de los muchachos, con los que se entregan a esta forma animal del amor. Los ancianos redoblan el estruendo de los instrumentos, y la noche se echa encima, cubriéndolo todo con su espeso sudario. Hay un descanso en la fiesta para comer y beber, y de nuevo se repiten las escenas en un cambio constante de actores masculinos. Las mujeres dejan a uno para entregarse a otro, especialmente las matronas, que se aprovechan del vigor de los jóvenes iniciados. Y así, durante varios días, tienen lugar tales actos que sólo acaban cuando se han terminado los abundantes víveres que se prepararon para la tremenda orgía.

Estas fiestas no se relacionan para nada con el matrimonio, ya que los jóvenes iniciados quedan en libertad para hacer de su sexo lo que mejor les plazca. La continencia se considera vergonzosa después de los festivales, y todas las mujeres que sean solicitadas por un hombre no pueden negarse a él. Ellas pueden tener todos los amantes que quieran e incluso darles descendencia, lo que se considera como el mayor honor que puede experimentar una mujer, no obstante, después de casadas, están obligadas a guardar a su marido fidelidad absoluta.

Ahora bien, aunque según los ritos las cosas ocurren de la ma-

nera indicada, nada tiene de particular que las jóvenes que acuden a las ceremonias de iniciación sepan tanto de estas cuestiones como las doctas matronas que "se sacrifican" para adiestrar a los futuros padres. Estos, por su parte, tampoco descubren nada nuevo en las fiestas, como no sea la facilidad de expresión de los instintos con las mujeres casadas que por este hecho no cometen adulterio.

Entre los indígenas del Estrecho de Torres, las ceremonias de iniciación se llevan a cabo en medio de grandes festejos que duran dos o tres días. Antes de esta fecha, los jóvenes son sometidos a una preparación física muy severa, en la que tienen que dar pruebas de gran resistencia. Los hombres hablan a los muchachos de los secretos más íntimos, de paso que les inculcan el principio de que la abstinencia relativa es la base principal de la salud y la energía. Las mujeres viejas de la tribu enseñan a las jóvenes el modo de conducirse con los hombres, y, sobre todo, a cuidar del hogar, de los frutos y de los animales que constituyen los bienes domésticos.

Las ceremonias tienen lugar cuando los iniciados tienen los suficientes conocimientos físicos y morales, y aunque la desvirginización de las doncellas la realizan los sacerdotes, los muchachos están obligados a satisfacer a sus compañeras en la medida que ellas demanden.

Según Mathews, entre los aborígenes de Victoria, en Australia, las ceremonias de la iniciación duran siete meses y "constituyen una forma de disciplina admirable". Cuando los niños llegan a la pubertad, son conducidos a los lugares apartados del pueblo, y bajo la dirección de los jefes de la tribu, se les somete a toda clase de pruebas de resistencia moral y física. Los jefes llegan al extremo de golpearles causándoles heridas de importancia; se les hace beber orines y comer excrementos; se les obliga a pasarse muchos días sin comer, ejecutando trabajos durísimos y otras cosas por el estilo. Tienen que aprender a manejar el arco, a cazar y a pescar, y, además, a defenderse de los hombres y de las fieras. Los guerreros más valerosos les enseñan a luchar, y hasta se organizan combates en los que los jóvenes deben ensangrentar sus cortas lanzas, que no siempre producen heridas leves.

Terminado este período, que suele durar cinco meses, viene otro de dos meses, durante cuyo tiempo los jóvenes aprenden a practicar el coito por medio de explicaciones. Se les enseña también a dominar el impulso sexual, especialmente cuando se presenta después de las comidas o antes de tener que emprender cacerías, trabajos o guerras que requieran grandes energías. Por último, son conducidos a

presencia de las muchachas, que ya han sido adiestradas por las viejas, y entonces es cuando tienen lugar las experiencias prácticas y, generalmente, los matrimonios.

Al Norte de la Australia Central, las costumbres se diferencian bastante de las anteriormente descritas. Como los de Victoria, estos indígenas tienen que demostrar aptitudes excepcionales para la lucha por la existencia a la edad de la pubertad. No se les exige que sepan guerrear, pero sí esgrimir las armas de caza y los instrumentos de pesca.

Después de estas pruebas, se les somete a la práctica de la circuncisión y a la operación denominada "mika", que consiste en incindir la uretra creando una especie de hipospadias, lo cual tiene por objeto hacer que el licor seminal no llegue a la vagina de la mujer cuando no se desea tener hijos.

Ambas operaciones tienen que soportarlas los muchachos sin proferir ni la más leve queja, pues en tal caso no podrían aspirar a la mano de las doncellas que fuesen de su agrado.

Las niñas reciben las primeras enseñanzas antes de la pubertad. Estas consisten en los cuidados domésticos y las faenas de cultivo. Más tarde, coincidiendo con la primera menstruación, una matrona las practica la himenotomía valiéndose de un instrumento cortante y la dilatación del canal vaginal con el auxilio de unos aparatos de barro que imitan el miembro viril, aunque de proporciones mucho mayores.

Esta operación tiene por objeto, según dichos indígenas, facilitar el parto y reducir los dolores que le acompañan.

Antes de la dominación francesa en las islas de Tahití, la iniciación de los jóvenes se limitaba a una serie de danzas muy difíciles que los muchachos tenían que practicar durante muchas horas, en las que probaban su resistencia física. A continuación de esos ejercicios, las gentes comían y bebían hasta embriagarse, pero permaneciendo las mujeres a un lado y los hombres a otro.

Las danzas eran dirigidas por un guerrero a la manera de los "bastoneros", hombres que solían cobrar el barato cerca de las mujeres que eran demasiado solicitadas por los galanes.

El bastonero tahitiano, además de guerrero, estaba investido de cierta autoridad religiosa o mágica. Se adornaba con trenzas de cabellos humanos y toda suerte de amuletos y trofeos de guerra; era, en suma, una verdadera personalidad. Su misión durante las fiestas de iniciación sexual de los jóvenes, consistía en informar a los mu-

chachos de las cuestiones de la procreación y en instruir a las do-
cellas acerca de las posturas más convenientes lo mismo para la g-
neración que para la práctica más voluptuosa de las relaciones s-
xuales. En la actualidad, las funciones de estos guerreros, magos
directores de baile se limitan a esas profesiones que antes le con-
cedían derecho a la desfloración de las vírgenes tahitianas, punto d-
partida de todas las ceremonias de iniciación sexual, que entre est-
gentes resultaba preferentemente erótica, ya que hacen todo lo po-
sible para impedir el desarrollo de la vieja raza, completamente so-
metida a las costumbres de los europeos dominadores, poco respe-
tuosos con las tradiciones antiguas. (Lámina III.)

Refiriéndose a los "massai" africanos, dice un autor que la ini-
ciación pubertal se considera como un acontecimiento solemnísimo
que se extiende a varios meses, y que abarca las ceremonias de la
circuncisión, para los niños, la de la clitoridectomía para las niñas,
a algunas de las cuales se extirpan también los pequeños labios.

Estas operaciones son dolorosísimas y peligrosas, ya que se rea-
lizan, como es de suponer, sin las menores precauciones anestésicas
ni asépticas. Es costumbre que las niñas se sometan a ellas sin la
menor protesta, puesto que la que no tiene la suficiente resistencia, y
profiere una queja, queda deshonrada para siempre y desterrada de
la colonia, a la que no podrá regresar si no es casada con un hom-
bre de otra tribu amiga y vecina.

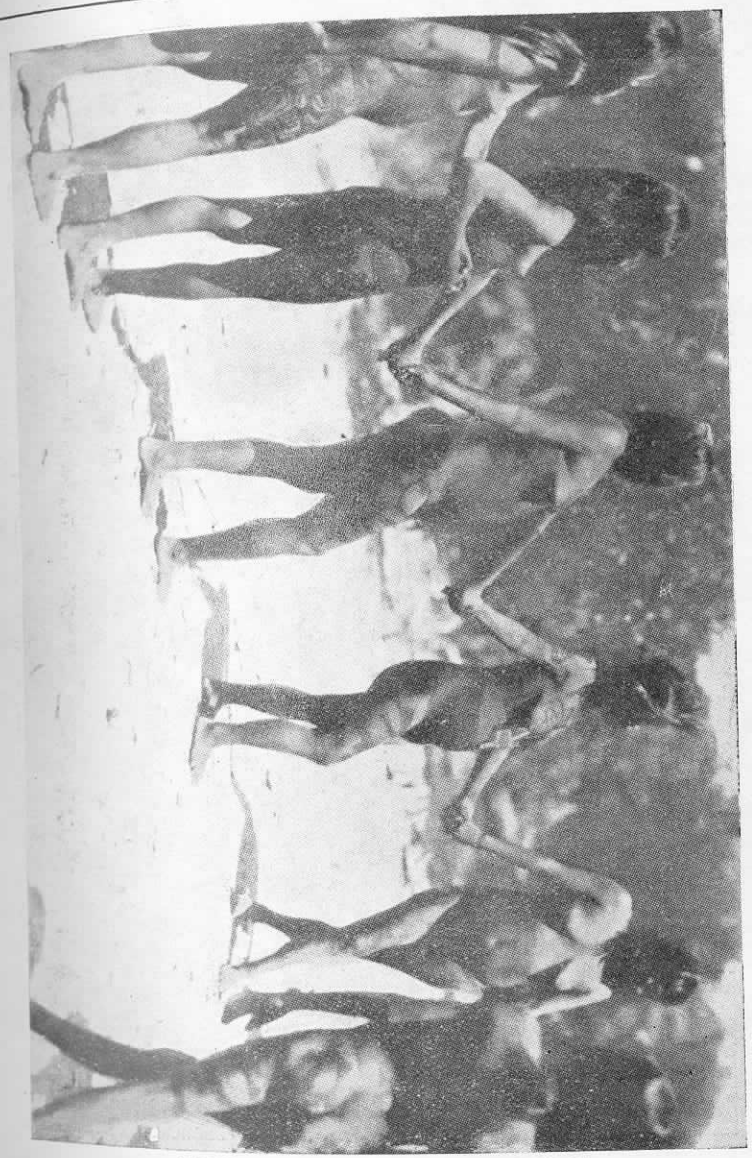
Cuando las cosas se desarrollan conforme a las tradiciones secu-
lares, el niño y la niña que recíprocamente se gusten, quedan auto-
rizados para contraer matrimonio, sin que los padres respectivos pue-
dan oponerse a ello.

Los indígenas "bawendas" de Africa celebran diversas ceremo-
nias para solemnizar la entrada de los jóvenes en la pubertad. Según
un misionero que ha vivido bastantes años entre estas gentes, la ini-
ciación se divide en tres etapas:

1.ª Etapa de instrucción y disciplina, durante la cual aprenden
los jóvenes las tradiciones sagradas de la tribu, el arte de guerrear
y la manera de sobrellevar valerosamente el dolor y la molestia. Al
llegan a este punto, puede considerarse el joven como un hombre.

2.ª En esta segunda etapa o jornada se practica de día el arte
del baile, manteniéndose separados los jóvenes de ambos sexos.

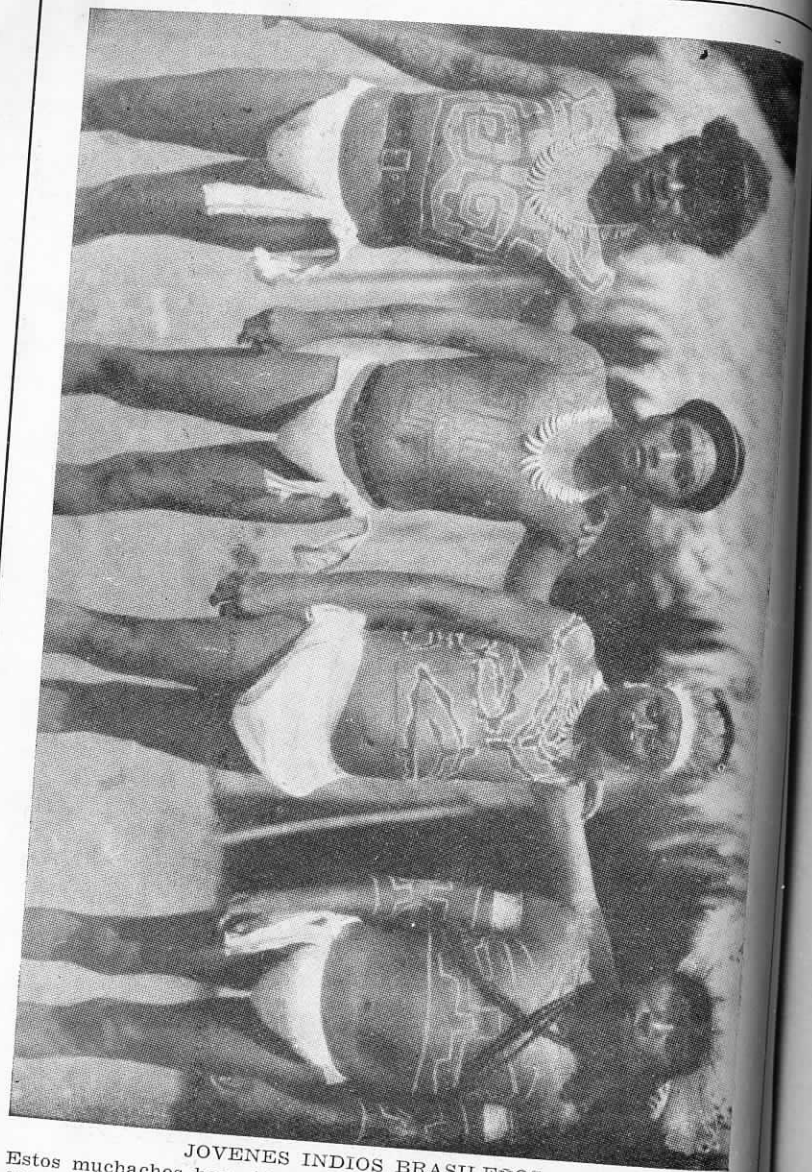
3.ª En la última etapa, que completa la educación sexual, los
jóvenes de ambos sexos bailan juntos de noche, y, según el misio-
nero, "la escena no es para descrita". Los iniciados se consideran



INICIACION SEXUAL DE LAS NIÑAS

La presente fotografía está tomada en ocasión de celebrarse la ce-
remonia de iniciación pubertal en un poblado de indios "apinages",
de la región amazónica del Brasil.

LAMINA I



JOVENES INDIOS BRASILEÑOS
Estos muchachos han sido "probados", por así decir, para ver si se encuentran en condiciones de contraer matrimonio, después de demostrar sus aptitudes profesionales.

LAMINA II

desde entonces como adultos, con derecho a los mismos privilegios y responsabilidades de los demás hombres de la tribu.

Crawford Angus, que fué el primer europeo que vivió entre los "azimba" de Africa, describe la "Chensamwali" o ceremonia de iniciación de las jóvenes, en la siguiente forma:

"Al presentarse los primeros síntomas de menstruación en una doncella, se la enseñan los misterios femeninos y las posturas distintas que requiere el comercio carnal. La vagina se traba libremente, y si no ha sido previamente ensanchada (cosa que suele ocurrir en las fiestas de la siega, durante las cuales se permite a los niños y a las niñas "guardar las casas" solos durante el día, y verificándose entre ellos casi siempre actos sexuales), se la ensancha entonces por medio de un cuerno pequeño o de una tusa, que se inserta en la vagina y se sujeta por medio de unas vendas de fibra. Una vez que desaparecen todas las señales de menstruación, se anuncia públicamente la celebración de un baile para todas las mujeres del pueblo. A este baile no se permite que asistan los hombres, y sólo con gran dificultad logré yo presenciarlo. La joven a quien van a "bailar" es conducida desde el bosque en donde ha permanecido durante el período, a la choza o vivienda de su madre, en donde espera sola la llegada del día en que se ha de celebrar el baile. Dicho día, por la mañana, se coloca sentada en el suelo, rodeándola todas las bailadoras, las cuales entonan canciones varias, referentes a los órganos genitales. Acto seguido, se despoja a la doncella de sus ropas, y se la obliga a hacer una representación mímica del acto sexual, y si los movimientos no son adecuados, como sucede con frecuencia cuando la niña es tímida y vergonzosa, una de las mujeres que allí están ocupa su puesto y la enseña lo que debe hacer. Se cantan innumerables canciones referentes a la relación entre la mujer y el hombre, y, al propio tiempo, se instruye a la doncella acerca de los deberes y obligaciones de la esposa. También se la enseña que durante el período de menstruación se debe creer impura, y, en dicho tiempo, debe cubrir su vulva con un trozo de fibra apropiada al caso. El objeto del baile es el de enseñar a la niña los conocimientos de la vida del matrimonio, enseñándola a ser fiel a su marido y a hacer lo posible para tener hijos; también se la inicia en varias artes y métodos, que la hacen más seductora para su marido, dándole así medios para retenerle a su lado."

Entre los indios de California y en muchas tribus mejicanas, la preparación pubertal se limita principalmente a las muchachas, ya

que los varones gozan de gran libertad con las mujeres, y al llegar a esa edad es bien poco lo que tienen que aprender.

Tan pronto como las niñas advierten los primeros síntomas menstruales, su madre está obligada a ponerlo en conocimiento de los hechiceros de la tribu entregan a la púber un collar hecho de dientes de serpiente, amuleto que tiene la virtud de preservarle de las mordeduras y las acometidas eróticas de dicho reptil.

Este amuleto debe llevarlo la muchacha hasta que se verifiquen los ritos de la iniciación, los cuales tienen lugar en los primeros días de la primavera, a las dos semanas de cesar las lluvias. Al llegar esta fecha, las niñas son envueltas en mantas muy gruesas confeccionadas con fibras vegetales que sólo las dejan al descubierto la cabeza. De esta forma son enterradas en un hoyo abierto en el campo, en el cual tienen que permanecer cuatro días con sus noches, completamente solas. No pueden salir del agujero más que para ir a buscar la comida que hacen después de haberse cubierto de nuevo.

Durante el día, de sol a sol, las **ancianas** de la tribu **bailan en** torno de las muchachas al compás de unos cánticos alusivos a la ceremonia y en los que se habla de las relaciones entre hombre y mujer. Se reúne toda la tribu en derredor de las enterradas y las bailadoras, las cuales arrojan monedas a los espectadores, con el fin de que las púberes aprendan a ser generosas. Los menesterosos del poblado presencian el festejo mezclados con sus convecinos. Las ancianas les regalan ropas, comidas y granos, mientras aluden a estos obsequios, con objeto de que las jóvenes sean siempre caritativas con los necesitados. Por último, cubren la cabeza de las enterradas con semillas de diversa especie para que sean prolíficas y den muchos hijos a la tribu.

Al finalizar esta última parte de la ceremonia, las gentes se retiran, y las viejas conducen a las niñas a un monte, en el que hay una piedra que quiere ser una reproducción de los órganos genitales femeninos. Allí las viejas se valen de unos instrumentos que imitan al miembro viril, con los cuales fingen la penetración en la vagina constituída por una oquedad de la piedra. A continuación, se entonan cánticos religiosos que deben corear las iniciadas. Terminada esta parte, vuelven las gentes que arrojan granos y semillas sobre las jóvenes, las cuales se retiran a lo más apartado del bosque, en unión de los muchachos, los cuales terminan prácticamente las enseñanzas sexuales. A partir de entonces, cada joven puede tomar las muchachas que pueda mantener durante un mes, pero quedándose con una, que será la que más le agrade.

Los esquimales tampoco atienden demasiado a los muchachos; pero, en cambio, extreman sus enseñanzas con las niñas, ya que se estima que la base fundamental de la felicidad de la familia está en la conducta de la mujer. Se somete a éstas a unas disciplinas severísimas. Antiguamente se acostumbraba a recluirlas en unas mazmorras, en las que no veían la luz del sol durante todo un año. Se las alimentaba mal y apenas si disponían de ropas para contrarrestar los terribles fríos de la estación invernal, que es todo lo cruda que puede suponerse, ni se las facilitaban elementos para hacer fuego.

Bancroft, **refiriéndose** a este sistema de preparación pubertal, dice que este período de reclusión pudiera muy bien ser la base fundamental de su fuerza, y este aislamiento y profunda meditación tal vez fortifiquen su carácter contribuyendo a hacerla salir de su retiro limpia y pura, espiritual y corporalmente". En efecto, la niña que soportaba tan dura prueba, al abandonar su prisión había cambiado por completo su carácter infantil y, naturalmente, díscolo, por un aspecto de madurez y seriedad mental muy apropiado al duro género de vida que tienen que hacer estas gentes.

En Zululandia, especialmente entre las gentes más alejadas de los puntos en que residen los militares y colonos británicos, las ceremonias de la iniciación pubertal se celebran casi con la misma pureza que antes de la dominación inglesa. En dichos tiempos se acostumbraba a realizar sacrificios humanos, que en la actualidad se han sustituído por el de cabras y ovejas, un pequeño cerdo u otro animal semejante.

Los muchachos permanecían separados de las niñas durante tres meses, después de realizadas las operaciones de recolección de las cosechas. En este tiempo, los viejos guerreros enseñaban a los jóvenes el arte de cazar y el de combatir. Estas enseñanzas sólo podían recibirlas después de haberse practicado ellos mismos la circuncisión, lo que se comprobaba por los hechiceros.

Cuando habían demostrado suficiencia para guerrear con los muchachos de su edad, y conocían el manejo del arco, cuyas enseñanzas duraban un mes, los jóvenes iban a vivir en compañía de los viejos solitarios que no tenían mujeres, a los que venían obligados a mantener durante otro mes, trabajando en aquello que los ancianos les indicaban y con arreglo a las instrucciones de ellos recibidas. Aunque, en realidad, prestaban servicios domésticos, la compañía de

los ancianos tenía por objeto mostrar al niño el lado grave y serio de la vida. El maestro, ya que tales eran las funciones que cerca del joven ejercía el viejo, le enseñaba toda la ciencia que dan los años, las leyendas de la tribu, su historia, las guerras y cacerías célebres, el conocimiento de la influencia de los astros, nociones de agricultura, etc.

Una vez que el muchacho conocía todas estas cosas, el anciano le explicaba las funciones sexuales y de reproducción, así como las posturas más convenientes que deben adoptarse en las relaciones íntimas, teniendo en cuenta el estado del producto de la concepción.

Parecidas enseñanzas recibían las niñas, si bien su preparación duraba menos tiempo. Cuando los jóvenes habían adquirido todos estos conocimientos teóricos, los habitantes del poblado se reunían en la plaza central ante el edificio destinado a guardar los ídolos y fetiches, donde se levantaba un altar, en el que era sacrificada una niña recién nacida o de pocos meses, con cuya sangre se ungía a los iniciados. La víctima de esta terrible ceremonia había sido comprada o robada en alguna tribu vecina o enemiga.

Después de esta ceremonia, durante la cual las gentes hacían gran consumo de bebidas alcohólicas, los jóvenes se entregaban a la danza y diversos ejercicios gimnásticos.

Hasta este momento, los jóvenes vivieron completamente desnudos, sin usar ni siquiera taparrabos; pero, a partir de la fiesta, los muchachos obsequian a sus compañeras con unos cinturones púbicos confeccionados por las ancianas, devolviendo las niñas el obsequio que consiste en unos taparrabos elaborados por ellas con cuerdas vegetales. El cambio de los regalos se acompaña de cánticos y danzas alusivas al acto, y. según un religioso, "bastante licenciosas para traducirlas con todo detalle". Al final de la danza los jóvenes van retirándose por parejas a las profundidades del bosque, y al cabo de algunas horas regresan con los taparrabos colocados, lo que quiere decir que la iniciación sexual ha tenido un epílogo práctico.

En adelante, las muchachas no podrán dejar de usar dicha prenda que sustituyen por una pequeña falda de abalorios y cintas unas semanas antes de contraer matrimonio. Después de casadas. estos adornos son reemplazados por otro taparrabos "más serio" del que jamás deberán despojarse. ni aun siquiera para practicar el acto sexual con su marido.

En casi toda la India, la iniciación sexual tiene un carácter eminentemente religioso. Antes de la edad púber, comienza la preparación de los jóvenes, prolongándose hasta el momento en que aparece la primera menstruación en la mujer, y se acusan los primeros vellos en el pubis de los adolescentes.

Por lo general, los muchachos conocen experimentalmente los placeres del sexo, no de una manera furtiva e ilegal, sino dentro de las costumbres, bastante libres entre estas gentes, aunque los actos sexuales a tales edades se consideran como un juego de chiquillos sin trascendencia alguna.

No obstante, cuando se estima llegada la hora de que los jóvenes prosigan la gran obra de la procreación, parece que se olvida el breve pasado de los chiquillos, a los que se considera completamente puros y virginales a los efectos de las graves ceremonias que tienen lugar para darles entrada franca en la vida sexual reproductiva.

La niña aprende las labores y obligaciones del hogar, a cuidar de los animales domésticos, a coser, a tejer y a reparar los desperfectos que el temporal pudiera producir en la vivienda. El muchacho ha de saber manejar las armas de caza y las redes de pesca, cultivar la tierra, recoger y seleccionar sus productos, asistir a los partos del ganado, cuidar de las crías, luchar con las fieras, exterminar serpientes y, sobre todo, conocer las prescripciones de los teólogos acerca del amor y saberse de memoria algunos cantos védicos. Debe conocer también las ciencias ocultas que dominan los faquires para librarse de los malos espíritus que pueden hacer "mal de ojo", saber cómo se curan algunas enfermedades, curar a los heridos por las fieras o los reptiles, etc.

Una vez en posesión de todos estos conocimientos, el niño debe permanecer fuera de su pueblo durante algún tiempo ganándose la vida en la profesión que mejor le acomode. No tendrá relación alguna con sus parientes o amigos en todo el tiempo que dura el aprendizaje, generalmente cuatro meses, al cabo de los cuales deberá volver al hogar con una cantidad en metálico producto de los ahorros de su trabajo. Esta cantidad representa la máxima garantía de su capacidad para el trabajo, siendo tanto más considerado cuanto mayor sea la suma que aporte, lo cual deberá ser publicado por el padre.

No cabe duda que el factor económico, aquí, como en todas partes, desempeña el principal papel. Naturalmente, se atiende a este aspecto, no porque así pudiera exigirlo la futura esposa con vistas a su más fácil bienestar, sino porque con ese dinero obtenido en su

trabajo garantiza a la comunidad que no ha de ser un paria que algún día tenga que vivir a expensas de la caridad pública.

La iniciación suele verificarse en los templos consagrados a las divinidades de la procreación. La desvirginización la efectúan los sacerdotes—exista o no la virginidad, la ceremonia se verifica siempre—por los medios naturales, o bien se sirven de imitaciones fálicas, especialmente el "ligham", que puede ser un aparato que imita el miembro viril, o bien representar el aparato procreador humano en un cuerpo de macho cabrío, de búfalo o de caballo.

Los muchachos no se inician por un procedimiento equivalente, sino que lo hacen con las sacerdotisas de los templos, mujeres de alguna edad que conocen perfectamente la ciencia de las caricias aprendida en la práctica y en los libros de erotología clásica.

Después de estas ceremonias que tienen lugar durante la noche, los jóvenes se bañan en las aguas de los ríos sagrados, quedando así en perfecto estado de pureza para contratar sus uniones sexuales con arreglo a los usos de la tribu.

Por lo general, los padres casan a sus hijos siendo éstos muy niños, por lo que después de todas las ceremonias se unen los matrimonios cuyos componentes ignoraron hasta aquel instante que ya estaban unidos por un vínculo tan formal.

En otros pueblos asiáticos, la iniciación pubertal tiene lugar a la llegada del verano, después de terminar las faenas de la recolección de los productos agrícolas. En Birmania, donde las costumbres son tan libres como en la India, si bien se procura guardar a las jóvenes todo los íntegras que es posible, puede decirse que no existe una preparación tan cuidadosa como sabemos que ocurre en otros países. No obstante, como quiera que durante las faenas del campo, los niños pueden ver sin ninguna dificultad cómo se comportan las personas mayores en el terreno sexual, tardan bien poco en aprender las posturas y secretos más íntimos.

Cuando se verifican las ceremonias, empiezan por ejecutar diversas danzas, generalmente lascivas, imitando los gestos que hacen las mujeres con sus amantes imaginarios. Acompañan estos bailes lúbricos de canciones obscenas alusivas al acto sexual, al embarazo, al parto y a la lactancia. En todas estas canciones se concede a la mujer la máxima importancia, prescindiéndose del papel del hombre, al que sólo se alude como elemento imprescindible para que la mujer experimente todos estos placeres de que hablan las canciones.

Lo mismo se entonan alabanzas al placer sexual que a los dolores del embarazo y al parto, y a la felicidad que producen los hijos.

A una señal del director del festejo, los muchachos deben abordar a las mujeres y simular que practican el acto sexual. Realmente, no se llega a la práctica absoluta, pero las matronas corrigen a sus asaltantes cuando éstos obran de una manera inadecuada. Finalmente, los iniciados se aproximan a las muchachas fingiendo una lucha que, a veces, degenera en batalla seria, cuando alguna no acepta las promesas de su fogoso conquistador. Si no ocurre así, y las cosas se desarrollan normalmente, las parejas se retiran al bosque, entre cuyas espesuras tienen lugar los primeros ayuntamientos sexuales. Antes de que sea de día, los muchachos deben retirarse a sus casas respectivas, mientras que los padres siguen entregados a la orgía en el claro de bosque donde se ha celebrado la fiesta.

Los habitantes de Siberia conceden a la iniciación pubertal la máxima importancia, con la particularidad de que las muchachas asisten a estas fiestas, en las que toman parte muy activa, hasta que contraen matrimonio. Cada vez que una joven tiene relaciones sexuales con un hombre, debe recibir de éste un pequeño obsequio, consistente en una moneda, un colmillo pequeño de morsa labrado, un collar u otro pequeño objeto. Estos regalos, que no pueden estimarse como el precio de un favor sexual, son apreciadísimos por estas mujeres, porque ellos son la prueba de que son agradables a los hombres. Cuantos más regalos de esta naturaleza pueda ostentar una siberiana, mayores probabilidades tendrá de encontrar esposo, ya que, no siendo la virginidad más que un estado vergonzoso, se huye de él por todos los medios posibles.

La iniciación sexual se refiere principalmente a las obligaciones de la vida matrimonial. En estas pruebas, lo mismo el muchacho que la joven, tienen que demostrar que poseen diversos conocimientos. Ellos deben probar que conocen las artes de la pesca y de la caza, que saben construir una choza de hielo y pieles y son capaces de conducir un trineo por caminos difíciles. Ellas deben saber coser las redes, hacer fuego, curtir las pieles y conocer las hierbas medicinales para la curación del escorbuto.

Cuando ya han demostrado suficiencia en el conocimiento de todas estas materias y poseen muchos regalos obtenidos en sus aventuras eróticas, pueden considerarse aptas para el matrimonio, o bien para crear un hogar provisional, ya que este pueblo primitivo es

bastante inteligente para comprender que una cosa tan seria como el matrimonio no debe formalizarse antes de haberlo probado durante cierto número de meses, si bien es general el sistema de no abusar demasiado de las relaciones sexuales, puesto que ello sería perjudicial para los hijos que nacen de matrimonios tempranos.

EL GALANTEO Y EL NOVIAZGO

Iniciación y selección.—La aptitud profesional, como base del galanteo.—La belleza por el tatuaje.—Cómo se embellecen las isleñas de Salomón.—La visita de los pretendientes.—La danza en Nuevas Hébridas. — En Australia. El matrimonio de ensayo en Nueva Guinea. El galanteo en Sumatra.—La mujer y el árbol.—El «hula-hula».—El noviazgo entre los cafres.—Los amantes que duermen.—La danza, base del galanteo.

Ya en el volumen X hemos aludido a las costumbres de algunos pueblos salvajes con relación a la conquista y al arte de amar, prueba de que el amor existe como un hecho natural, aproximándose en sus expresiones a las normas seguidas por las gentes de los países civilizados.

Después de las ceremonias de iniciación, en las cuales los adolescentes tienen que demostrar diversas aptitudes físicas y mentales necesarias o imprescindibles como garantía de su capacidad para enfrentarse con la vida, llega el momento de la elección del compañero, hecho puramente íntimo que en nada afecta a los intereses de la sociedad que, en virtud de las ceremonias citadas en el anterior capítulo, adquiere la certidumbre de que los jóvenes son aptos para proseguir las funciones reproductoras.

No obstante, por regla general, las ceremonias de iniciación pubertal sirven de punto de partida en la selección sexual, en lo que a la mujer se refiere, ya que ésta aprecia más que el hombre las cualidades de su probable pareja, especialmente el valor, la energía física y todo aquello que se relaciona con el género de vida que normalmente tiene que hacer la tribu.

El aspecto económico se acusa tanto más significado cuanto más difíciles son las condiciones de la vida. Esto no quiere decir que los individuos vayan impulsados al galanteo por proyectos completamente materiales, puesto que se trata de jóvenes que obedecen prin-

cipalmente a sus impulsos naturales; mas, a pesar de todo, los salvajes y, sobre todo, las mujeres, tienen un concepto mucho más positivo del amor que las jóvenes civilizadas, no dejándose sugestionar por la belleza, el tipo o la elegancia de sus pretendientes, sino que procuran someterse a aquellos que, en primer lugar, sean capaces de ganarse el sustento y mantener a la familia, atendiendo a las primeras pruebas demostradas en las ceremonias de la iniciación pubertal.

En la mayor parte de esos pueblos, el matrimonio no se formaliza hasta que los amantes no han pasado por un período de prueba más o menos duradero. Lo que creemos que es una consecuencia de la civilización, es decir, el matrimonio de ensayo, no es más que una copia de los métodos practicados de toda la vida en los pueblos primitivos.

Claro es que la iniciación de estos períodos experimentales no se realiza de una manera cruda y violenta; al contrario, los jóvenes recurren a todos los sistemas establecidos por la costumbre o creados por la inventiva individual, con el fin de hacerse mutuamente agradables. Seguramente, no les superamos los civilizados en la aportación de recursos para lograr impresionar el ánimo de la persona elegida con vistas a esa prueba matrimonial.

Estos procedimientos se inspiran en todas las actividades mentales y fisiológicas, y, a pesar de que la psicología de los jóvenes salvajes resulte tan simple para la apreciación de un europeo, no cabe duda que no está exenta de complicaciones que no desmienten las teorías de la relatividad.

Es notable el hecho de que todas estas manifestaciones hayan de guardar una relación muy íntima con la economía social e individual. De nada le sirve a un joven, por ejemplo, demostrar que es un gran saltarín, ágil, resistente y valeroso, si no ha de dedicarse a la guerra o a la caza para atender a las necesidades de su hogar, siendo su profesión, **supongamos**, la de tejedor.

A pesar de ello, en las ceremonias de iniciación pubertal, que tanto importan a la sociedad, habrá tenido que demostrar todas esas aptitudes físicas y mentales, aun dedicándose a un oficio reposado; mas luego, al iniciar la conquista de una joven, prescindirá en absoluto de tan valiosos conocimientos, y toda su actividad galante deberá referirse al hecho central de su profesión, que es de lo que positivamente habrá de vivir la sociedad conyugal.

Otras veces parece ser la belleza la determinante esencial que induce a las jóvenes a dejarse galantear por los muchachos, los

cuales, como en todo el mundo, son menos calculadores que las mujeres. Así ocurre en las islas Salomón, donde una muchacha no puede pensar en tener un amante mientras su cuerpo no haya sido hermoseado por el arte del tatuaje. Esta operación es penosísima y se ejecuta por un profesional de tal arte, el cual es además hechicero, sacerdote y consejero de la tribu, que recibe el nombre de *tindalo*. Estos hombres se hacen pagar sus servicios espléndidamente, dependiendo la belleza de los tatuajes de la cantidad con que se le gratifica, lo que a la vez sirve a los forasteros para conocer la posición económica de la muchacha y de su familia.

La operación de tatuar a la joven se verifica después de una ceremonia musical, que se estima indispensable. Durante ese acto, las jóvenes cantan y bailan en unión de los muchachos, los cuales esperan el resultado de la operación del tatuaje para iniciar el galanteo.

El *tindalo* contrata a una agrupación de músicos y cantantes profesionales, los cuales empiezan a actuar tan pronto como se pone el sol. Esta música se prolonga durante toda la noche, y cuando la muchacha se ha cansado de bailar, debe recluirse en su casa, donde permanecerá despierta para oír las canciones que se entonan en su honor; los parientes cuidan de que no se duerma, pues si esto ocurriera quedarían destruídas las virtudes mágicas que se atribuyen a los tatuajes.

Ya de madrugada, el hechicero da principio a la operación, utilizando una cuchilla construída de caña de bambú tostada, con el fin de endurecerla, hasta el punto de convertirla en un instrumento que no corta menos que un bisturí. El operador practica en el rostro de la muchacha artísticos y caprichosos dibujos, valiéndose de polvos de distintos colores, bellamente combinados.

La operación resulta en extremo dolorosa, pero la joven permanece serena, sin proferir la menor queja; el más leve gemido sería muy perjudicial para su buen nombre, pues estas gentes estiman la debilidad ante los sufrimientos, físicos o morales, poco menos que como una deshonra.

La compensación de estos terribles dolores del tatuaje, que, según un marino europeo, no pueden soportarse más que a duras penas, está en que a los dos o tres días, cuando ha desaparecido la inflamación producida por las incisiones, la joven sabe que ya está en condiciones de recibir las proposiciones amorosas de los

muchachos, que esperan con ansiedad ver los bellos dibujos grabados de una manera indeleble por el arte del hechicero.

Una vez que la joven ha sido embellecida de esta forma, los padres toman las mayores precauciones para guardar a su hija que, aunque en su vida anterior al acto del tatuaje haya hecho lo que le haya parecido, resulta ahora de una pureza virginal inimitable; es decir, que entre los indígenas de Salomón, la virginidad empieza a estimarse a partir del tatuaje, ya que estos adornos significan uno de los más fuertes atractivos sexuales.

Se acostumbra a recluirla en una habitación de la casa, rodeada de todos los enseres de su uso, ropas, adornos, etc., y allí es visitada por los pretendientes, los cuales hacen sus proposiciones matrimoniales, previa comprobación de que contribuyeron a sufragar los gastos originados por el tatuaje y las ceremonias que le acompañan.

El hecho de que un joven contribuyente no sea aceptado por la bella, le da derecho a reclamar la cantidad con que contribuyó a los gastos del tatuaje, la cual le será devuelta por el afortunado galán elegido por ella, acto que tiene lugar el día de la ceremonia nupcial. Esto da lugar a que el elegido tenga que esperar mucho tiempo a contraer matrimonio, ya que las cantidades a devolver son considerables, sobre todo cuando se trata de una mujer rica. No obstante, aunque el galán no tenga medios de vida suficientes para cubrir esas atenciones, si demuestra que heredará en breve, con anticipar una parte de los gastos hechos, puede contraer matrimonio.

Cuando el pretendiente es pobre y tampoco espera alguna herencia, el noviazgo dura un año, al cabo de cuyo tiempo los que pagaron el tatuaje renuncian a sus derechos, si bien asisten como invitados al banquete de boda, en el que se come y se bebe exageradamente.

Estos isleños son todos muy aficionados a la danza, especialmente los de Nuevas Hébridas. Sus bailes populares están íntimamente relacionados con galanteo, hasta el punto de que las mujeres más bellas y ricas no se casan con el más acaudalado, sino precisamente con aquel que baile mejor, sea cual fuere su posición social.

El jefe de la tribu y sus consejeros seleccionan las danzas que deben interpretarse, las cuales son dirigidas por bailarines profesionales a los que deben imitar los aspirantes a encontrar novia; estas pruebas se prolongan a veces durante más de un año. Uno de estos bailes es el llamado *sorukhá*, que requiere treinta y seis bailarines, los cuales se disponen en forma de cono, colocando como base cuatro hileras de cuatro individuos cada una; luego, otras cuatro de tres y otras tantas de dos. El más vigoroso de los danzantes se coloca al frente, formando el vértice del cono, y detrás los más pequeños y los muchachos que aspiran a casarse. Los bailarines gritan desesperadamente, y el baile consiste en agitar el cuerpo en movimientos lascivos, inclinar la cabeza, retorcer los brazos y las piernas y, al mismo tiempo, marcar con los pies la extraña melodía del canto. Se rodean a los tobillos cordones en que han ensartado, a manera de cuentas de rosario, cáscaras de nueces, las cuales producen un ruido especial, que acompaña todos los movimientos de la danza. Los directores, mientras tanto, suenan las flautas, y a éstas acompaña el soniquete de las trompetas de bambú, tocadas por hábiles músicos. La melodía cambia según varían las figuras del baile, y ella es la que marca los movimientos y el compás de los bailarines. El efecto de conjunto, logrado a fuerza de repeticiones y de estudio, no es desagradable.

El director de la danza, que es el jefe de la tribu, no regatea los medios para lograr la más perfecta ejecución. Los bailarines van cubiertos de plumas blancas de cacatúa y llevan vistosos cinturones, collares y otros adornos semejantes.

Antiguamente, cuando el pueblo se hallaba bajo la influencia de los magos o hechiceros, antes del baile se verificaba una solemne ceremonia, consistente en el hecho de ponerse los bailarines bajo la protección de algún poderoso *tindalo*, cuya influencia haría más ágiles los movimientos de la danza y más inspirada la música. El que presidía esta ceremonia era largamente recompensado por sus servicios. Algunas compañías de danzantes y el numeroso público que los acompañaba, compuesto a veces de centenares de personas, entre las que figuraban en lugar preferente las jóvenes casaderas, hacían excursiones a diversos lugares para mostrar su habilidad entre otras tribus. En estas correrías, que duraban de tres a cuatro meses, se concertaban las uniones sexuales libres, y al regresar al poblado es cuando se celebraban los matrimonios, previo el pago del tatuaje y demás ceremonias.

Como dato curioso es necesario consignar que estas compañías de danzantes fueron utilizadas por los misioneros ingleses para la propagación de la fe cristiana, después de haber eliminado el elemento sexual, que aparecía como algo absolutamente incompatible con la religión citada. Tales costumbres acabaron por desaparecer en aquellas regiones más influídas por los misioneros propagandistas

de la religión cristiana, la cual fué acatada sin resistencia por estos indígenas.

El baile, como ya hemos dicho en otra ocasión, es entre los civilizados uno de los mejores medios de selección sexual, o, por mejor decir, el mejor pretexto para iniciar el galanteo. En los pueblos salvajes ocurre también que las danzas sirven para relacionar a los dos sexos, no como un recurso para vencer la timidez de los galanteadores y facilitar las aproximaciones de los candidatos al matrimonio, sino más bien como un método de excitación que hace que se despierten los impulsos dormidos, ya que no hay que olvidar que la impresionabilidad y el sistema nervioso en general sólo se presentan más refinados en la civilización.

De aquí que lo mismo las danzas que los cánticos que las acompañan tengan ese elemento específicamente erótico que se advierte en los movimientos y frases atrozmente lúbricos, como si los nervios y la sensibilidad de estas gentes necesitasen de los más fuertes y poderosos estímulos para impresionarse.

Un autor dice que en Australia, donde el baile ha llegado a un alto grado de perfección, su asociación con el impulso sexual es íntima e innegable. Mr. Samuel Gason, refiriéndose a las danzas de una tribu, dice: "En esta danza, los hombres y las mujeres sólo toman parte en una forma y posición regular, guardando espléndidamente el compás al son de dos *boomerangs*; algunas mujeres marcan el compás con las manos, golpeándose las piernas. Las relaciones sexuales en promiscuidad siguen a las danzas y están prohibidos los celos. Otras veces, durante la tasa de las cosechas, se preparan muchas semanas antes de que comiencen las danzas; no se toleran disputas, las relaciones sexuales en promiscuidad se verifican durante la ceremonia. El hecho de que los celos estén prohibidos en aquellos festivales, claramente indica que las relaciones sexuales están reconocidas y probablemente como un elemento esencial en las ceremonias. Esto está aún más corroborado por el hecho de que en otras fiestas las relaciones sexuales libres no están permitidas. En la danza de la paz, cuando varias tribus se reúnen, hay grandes regocijos al principio de las fiestas, que regularmente se celebran durante la luna llena, y duran toda la noche. Los hombres están artísticamente adornados con plumón y plumas, que forman toda clase de dibujos. El plumón y las plumas están pegados sobre sus cuerpos con sangre recién tomada de sus penes; van también pintados de varios colores; lazos de ramas van atados a sus tobillos para hacer

ruido mientras bailan. *En secreto* se verifican muchas relaciones sexuales en promiscuidad, y entonces se promueven muchas riñas tumultuosas."

En otras regiones de Australia, según varios autores, los jóvenes de ambos sexos bailan algunas veces juntos, aunque otras lo hacen separados. El doctor Eire, describe así una danza: "Las mujeres representan el papel, el principal papel; sus cuerpos están pintados con rayas blancas y sus cabellos están adornados con plumas de cacatúas. Llevan unos bastones en las manos y se colocan en fila, mientras los hombres, con sus lanzas, permanecen detrás de ellas. Entonces comienzan sus movimientos; pero sin mezclarse, bailando por su parte los hombres y las mujeres. Otras veces las mujeres bailan de otro modo, uniendo las rodillas por encima de la cabeza, juntando los pies y poniendo las rodillas en contacto. Luego separan las piernas, manteniendo los pies y las manos en su posición original y chocando las piernas rápidamente producen un sonido agudo. También lo ejecuta una mujer sola ante una fila de bailarines machos para excitar sus pasiones."

Entre las tribus del río Wanigela, en Nueva Guinea, el galanteo se verifica de la siguiente forma: Los jóvenes no hablan jamás a la muchacha a quien pretenden, ni la miran ni tratan de acercarse a ella, sino que procuran realizar toda clase de movimientos con tal de llamar su atención y conseguir que ella se interese por el galán. Cuando la muchacha gusta de su pretendiente, se vale de una niña, a la que envía con la embajada de una cita, que tiene lugar en los alrededores del poblado, donde la pareja empieza por mascar una nuez de betel y acaba por practicar el acto sexual.

Estas relaciones sexuales no implican la unión matrimonial, sino que son prácticas del noviazgo. El matrimonio no puede efectuarse hasta que la joven no ha sido tatuada en los muslos y piernas, cuyos gastos corren a cargo del amante. Si éste no puede sufragarlos, se rompen las relaciones y la muchacha queda en libertad de entregarse a otro amante.

Cuando ya hay varias parejas cuyas mujeres están tatuadas, se organiza un baile, que dura toda la noche, y, al final de la fiesta, los amantes se retiran a vivir a sus nuevos domicilios hasta el día en que se celebren los esponsales, en cuya fecha parten para el viaje de bodas, el cual se realiza por los bosques comarcanos, donde viven cinco o seis días.

En el archipiélago malayo las mujeres bailan separadas de los

hombres durante el día entero. "Las mujeres, de dos en dos o de tres en tres, toman parte en los bailes, un poco separadas de los hombres, para hacer valer las curvas de las caderas y de los senos, aunque al mismo tiempo exhiban los defectos de sus piernas con la serie de contorsiones rítmicas, que constituyen una danza de esta naturaleza. El movimiento más lleno de gracia que ejecutan es una ondulación lasciva de las caderas, mientras que cubren lentamente la cara y el pecho con el *sarong* (especie de velo) que tienen en las manos, y luego vuelven a descubrirse. Estos movimientos son ejecutados con contracciones de las muñecas y contorsiones de las caderas, no siempre graciosas, pero que excitan la admiración de los espectadores, incluso de las mujeres, que forman grupos para cantar a coro una salutación, más o menos sincera, en la que dicen, "Bailan con la gracia con que vuelan los pájaros; bailan como los halcones vuelan; es delicioso verlo". (Elio Modigliani, *Un viaje a Nias.*)

En la *Historia de Sumatra,* de Marsden, leemos lo siguiente: "En Sumatra la castidad prevalece más quizá que en ningún otro pueblo. Muy poco galanteo precede a los matrimonios. Sus costumbres no lo permiten, siendo los *boojong* y *geddas* (los jóvenes de uno y otro sexo) cuidadosamente guardados con separación y las jóvenes rara vez pueden alejarse de las faldas de sus madres... Las ocasiones que tienen los jóvenes para verse y hablarse son las fiestas públicas. En estas ocasiones, se reúnen y bailan y cantan juntos. Cuando los hombres han fijado su atención en una, generalmente se valen de una anciana como intermediaria, y, por medio de ella, dan a conocer sus sentimientos y envían regalos a la mujer que han elegido. Entonces intervienen los padres, y convenidos los preliminares, se verifica una fiesta. Las jóvenes se dirigen juntas al extremo más alto del *balli* (sala), donde hay una parte destinada a ellas, detrás de una cortina. Nunca se presentan antes de comer, y ese tiempo, que precede a dos o tres comidas, se invierte por los hombres en presenciar peleas de gallos u otras diversiones peculiares de ellos. Por la noche se verifican otras diversiones, siendo la principal el baile. Las danzas las ejecutan separadamente una o dos mujeres, dos hombres o unos y otros juntos. Sus movimientos y actitudes son generalmente lentas y a veces casi lascivos. Mientras bailan se inclinan hacia delante, y de ordinario llevan un abanico, que abren y cierran rápidamente contra los codos, con una cadencia particular... La reunión rara vez se disuelve antes del amanecer, y con frecuencia estas fiestas se prolongan durante varios días seguidos. Los jóvenes los frecuen-



GUERRERO TAHITIANO

Su misión principal consiste en instruir a los muchachos que han entrado en la pubertad acerca de las cuestiones de la procreación, lo mismo que a las doncellas.

LAMINA III



DONCELLA DE ZULULANDIA

Estas jóvenes solteras, aunque raramente vírgenes, deben dormir varias noches con sus pretendientes antes de contraer matrimonio, pero sin realizar el acto carnal.

LAMINA IV

tan para buscar mujer y ellas, por su parte, hacen lo posible por satisfacerles. Van vestidas con sus mejores trajes de seda, tejidos por ellas mismas, adornadas con todas las filigranas que poseen, anillos de plata en los brazos y piernas, y pendientes de construcción particular."

En Nuevas Hébridas, las mujeres practican una danza que consiste en balancear el cuerpo en actitudes obscenas y saltos bruscos que imitan los movimientos del coito, mientras muestran a los hombres sus órganos genitales. Los hombres entonces se despojan del taparrabos, y mientras con una mano se cogen el pene, con la otra simulan que sujetan a una mujer, y excitados por las danzas de éstas fingen que practican la cópula. Es muy frecuente que la excitación sea real, en cuyo caso los bailarines se masturban ante las mujeres. La ceremonia va acompañada de cánticos y gritos salvajes.

Al cabo de algún tiempo, cuando los danzarines están rendidos, se retiran a descansar en unión de las muchachas que han elegido, teniendo entonces lugar las declaraciones amorosas. La fatiga producida por los bailes y los gritos les permite llevar a cabo estas negociaciones amorosas con relativa serenidad. Por lo común, los jóvenes se contentan con hacer proyectos para el porvenir, a cuyo efecto se reúnen diariamente para "pelar la pava", pero sin realizar el acto sexual con demasiada frecuencia.

Estos amoríos duran generalmente un año, y rara vez se deshacen. El novio está obligado a contribuir a la alimentación de la muchacha con el producto de su trabajo, mientras ella almacena los materiales que se necesitarán para la construcción de su futuro hogar, en lo que intervienen los amigos del novio.

Dice Crooke que entre las tribus montañesas de la India central se puede realizar el deseo de comunicación con el espíritu de fertilidad que encarna en la vegetación. Esto se comprueba, por ejemplo, con la danza del árbol, que se verifica en una época asociada no sólo con el crecimiento de las plantas, sino también con la estación señalada para los matrimonios y con las Saturnales anuales. Acerca del galanteo en Tahití, el explorador Cook observó hace años existía una relación muy íntima entre las relaciones premaritales y la danza. Dice que encontró una danza llamada Timorodie, ejecutada por muchachas cuando podían reunirse ocho o diez de ellas; consistía en movimientos y actitudes licenciosas hasta la exageración, en cuya práctica son adiestradas desde su más tierna infancia, acompañadas de palabras que, a ser posible, describen más explíci-

tamente las mismas ideas. Pero estas danzas que están permitidas a las vírgenes, están prohibidas a las mujeres desde el momento en que han puesto en práctica aquellas lecciones llenas de esperanzas y han realizado los símbolos de la danza."

"Entre los habitantes de las islas Marquesas—dice Havelock Ellis—, al casarse una mujer, aunque fuera de un rango superior, permanecía en tierra, con la cabeza entre las rodillas de su marido, y todos los convidados varones llegaban en fila, cantando y bailando—primero los de condición más humilde y luego los grandes jefes—y yacían con la desposada. Cuando el número de invitados era muy grande, la mujer quedaba extenuada, y algunas veces se veía obligada a guardar cama durante algunos días. Lo que de esto nos interesa es que el canto y la danza son todavía considerados como preliminares del acto sexual. Se ha observado que los polinesios, cuando fueron descubiertos por los europeos, habían ido más allá, en materias sexuales, de lo que primitivamente enseña la naturaleza, y esto sucedía también con algunas de sus danzas. Así el "hula-hula", aunque de origen primitivo, puede compararse mejor a un baile civilizado que a una danza primitiva, puesto que está divorciada de la vida real. De la misma manera, mientras que la sexual danza pantomímica de las muchachas "azimbas", del Africa central, tiene una relación directa con las exigencias de la vida real, las "danzas del vientre" de los pueblos hamíticos del Norte de Africa son más bien una diversión, un juego más o menos basado en el instinto sexual. Al mismo tiempo es de la mayor importancia tener presente que no existe rigurosa distinción entre las danzas que son primitivas y las que no lo son. Como ha demostrado Haddon en un libro que contiene estimables descripciones de las danzas, se hallan éstas tan desarrolladas aún entre los salvajes, que es muy difícil señalar su origen, y en el Estrecho de Torres, refiere, que hay ciertamente "juegos de danzas seculares, de puro recreo, sin ulterior designio". Cuando recordamos que el baile alcanzó un gran desarrollo, probablemente, mucho antes de que apareciese el hombre sobre la tierra, no puede causarnos sorpresa la dificultad para determinar el preciso origen de la danza humana."

Entre los cafres, según Holden, los padres sacrifican varios animales, y los muchachos son alimentados con abundante carne, celebrándose muchas danzas en la fase de la ceremonia. "El "uhutshila" consiste en adornarse con hojas de dátiles silvestres, de una manera fantástica. Así adornados, visitan cada uno de los "kraals"

a que pertenecen, con el propósito de bailar. Estos bailes son lo más licenciosos que puede imaginarse. Las mujeres toman en ellos una parte importante, y procuran excitar las pasiones en los novicios con toda clase de obscenas gesticulaciones. Tan pronto como desaparece la ulceración producida por el acto de la circuncisión, los muchachos son, digamos así, lanzados contra la sociedad y autorizados para contravenir casi todas las leyes, hasta el punto de que, aun cuando mataran o robaran los ganados de sus vecinos, no serían castigados, y tienen el especial privilegio de apoderarse por la fuerza, si fuera necesaria la fuerza, de cualquier mujer soltera que escogieran para satisfacer sus pasiones." (C. Holden, "The kaffir Race".)

El reverendo J. Macdonald ha descrito las ceremonias que preceden al galanteo entre los zulús de la Bahía de Delagoa. Se acostumbra a sacrificar una res, en acción de gracias, a los espíritus de los antecesores; se celebra un festín, que dura varios días, y todas las noches hay cantos y bailes, hasta los que en ellos intervienen quedan rendidos o hasta que se hace de día. "Después de unos cuantos días, y cuando han cesado las danzas, los jóvenes de uno y otro sexo se reúnen en la parte exterior de la choza y comienzan a cantar, palmoteando y lanzando una especie de gruñido para demostrar su alegría. A la caída de la noche, la mayor parte de los jóvenes que forman el séquito de las mujeres casaderas se van a sus hogares a dormir, para volver a la mañana siguiente. Después de esto, los jóvenes y las muchachas, que se habían reunido en la choza desde mediodía, se separaban por parejas y dormían juntos, pues así está estrictamente ordenado por la costumbre".

Lo más extraño de estas ceremonias es que, a pesar de la intimidad en que deben dormir los jóvenes, están prohibidas en absoluto las relaciones sexuales, que no pasan de ser una especie de aproximación o comercio parcial, en el que está permitida la masturbación recíproca.

El joven que duerme de esta manera con una muchacha está obligado a mandar al padre una pequeña lanza; pero si deseara continuar las relaciones, con deseos matrimoniales, tiene que enviarle dos azagayas.

Las muchachas que están en condiciones de contraer matrimonio se denominan "intonjaras", lo que puede traducirse por solteras, aunque jamás por vírgenes. Para las fiestas se adornan con collares de abalorios y semillas de colores, poniendo al peinado la máxima importancia, ya que los hombres aprecian los ornamentos

tanto o más que la belleza natural de las jóvenes casaderas. (Lámina IV.)

Por lo general, como hemos visto, la danza es uno de los elementos más importantes en el galanteo y el noviazgo, puesto que sirve para establecer entre los amantes una intimidad que se estimaría deshonesta en otras circunstancias. Por otra parte, las relaciones sexuales están más o menos permitidas antes del matrimonio, sobre todo cuando el joven ha demostrado en las ceremonias de iniciación que se encuentra en condiciones físicas y mentales de crear una familia. Por último, puede asegurarse que las relaciones premaritales, es decir, el noviazgo, no dura más de un año, entre cosecha y cosecha, lo que prueba el gran espíritu práctico de esas razas que estimamos inferiores a la de los civilizados.

COSTUMBRES MATRIMONIALES

La pureza de las costumbres primitivas.—Las razas del Océano Pacífico.—La compra de la esposa en Samoa. — Ceremonia matrimonial. La senda de cuerpos humanos.—El matrimonio en Tahití.—En Nueva Guinea.—Una boda en Nueva Bretaña.—Los negritos de Filipinas. Matrimonios precoces. — Los beduinos. — Los «bakongos» y su «tam-tam».—El matrimonio y el divorcio entre los «fellahs».—En la India.—Un harén persa.

Los procedimientos y ceremonias de matrimonios empleados por las razas de civilización inferior varían mucho, según los pueblos, su cultura y sus tradiciones. Unas veces son los propios interesados los que conciertan su matrimonio, otras son los padres y en muchas ocasiones han de ser los jefes de las tribus los que autorizan y sancionan las uniones por sí propios o por mediación de la mágica autoridad de los hechiceros.

Lo que sí puede asegurarse, contrariamente a lo que se observa entre los civilizados, es que, en los pueblos salvajes, estas costumbres no han sufrido la menor alteración en cuanto es posible conocer por su historia y tradiciones: lo mismo se verifican los matrimonios hoy que hace muchos centenares de años. Ha ocurrido que, al adoptar esos salvajes las religiones de sus dominadores cristianos, no tuvieron más remedio que someterse a las prescripciones eclesiásticas; pero como no todos abrazaron la nueva religión, aunque vivan de acuerdo con ella en algunos de sus principios, en lo que concierne a sus tradiciones y costumbres más íntimas procuran no admitir otras normas que las que consienten sus cultos primitivos, sin que por esto vaya a creerse que la sexualidad está siempre asociada con la religión.

Resultaría una tarea bastante enojosa ocuparnos de las costumbres matrimoniales de cada uno de los pueblos salvajes que habitan la tierra y que viven más o menos sometidos a la influencia de

la civilización europea; por eso procuraremos ocuparnos de aquellos pueblos que ofrecen aspectos más curiosos y chocantes, a fin de poder deducir qué influencias espirituales, sociales y económicas determinan la constitución de la sociedad conyugal.

Empecemos por las razas que pueblan las islas del Océano Pacífico. En Samoa, por ejemplo, islas ya aludidas en otro capítulo, los contratos matrimoniales no son más que meras especulaciones hechas a base de tejidos, adornos y alimentos, que vienen a ser el precio de la novia. Estos regalos son entregados al mejor amigo del novio, el cual interviene en calidad de mediador, preparando todo cuanto se refiere a la solemnidad nupcial que se celebra con gran pompa. Lo mismo que ordena la ley mosaica del levirato, las viudas se casan con el hermano del marido que sigue a éste en edad. Todas las mujeres, al contraer matrimonio, llevan consigo una o dos doncellas que pueden ser concubinas del marido, aunque sin perder su categoría de sirvientes.

Las jóvenes no ejercitan el derecho de elección, sino que han de someterse a la voluntad de sus padres, quienes deben, esto no obstante, obtener la correspondiente autorización del jefe de la tribu.

Los invitados a la ceremonia se sientan formando círculo y con las piernas cruzadas, adornados con flores y collares de cuentas de vidrio, que son las galas de las grandes solemnidades. Al comienzo de la ceremonia, la novia debe permanecer en una casa situada en las cercanías, y desde la cual se forma un camino de alfombras que habrán sido tejidas por el novio y sus amigos, hasta el lugar en que están reunidos los invitados y ha de tener lugar el acto. El novio se encuentra sentado, él solo, al final del camino de esteras. La novia llega, adornada con flores, cuentas de vidrio de colores, conchas y otros objetos, y detrás de ella vienen las sirvientes conduciendo las telas, enseres y alimentos que constituyen la dote, todo lo cual extienden delante del novio.

La desposada se sienta al lado del novio, levantándose después para recibir las aclamaciones de los invitados. El novio, acto seguido, empieza a mostrar los regalos, haciendo ostentación de su riqueza. Y así termina el acto principal, que se prolonga después durante varios días, hasta que se acaban las provisiones alimenticias que se consumen entre cánticos y bailes que deben ser presenciados por la nueva pareja.

En las islas de Cook, próximas a las anteriores, se observa una

costumbre verdaderamente notable. No se satisfacen con formar una senda de esterillas desde la casa de la novia a la del novio, por donde aquélla camina hasta llegar al lugar en que está su prometido. Si la muchacha pertenece a una familia noble, los individuos de la tribu del marido, o sus amigos, si los contrayentes son del mismo pueblo, se tienden en el suelo boca abajo en lugar de las esteras, y la novia tiene que pasar andando sobre las espaldas de aquéllos. Esta senda de cuerpos humanos, llamada "ara tangata" en la lengua nativa, se extiende entre la casa de los contrayentes, y si la distancia es tan grande que entre los miembros de la tribu no hay suficiente número para cubrir todo el trayecto, los individuos sobre que ha pasado ya la novia van levantándose sucesivamente y corren al otro lado a continuar la línea hasta completar el camino. La ceremonia se verifica pocos días después de la boda; pero el mismo día de ésta, el novio recorre el trayecto inversamente, andando sobre las espaldas de los individuos que componen la tribu de la novia o sus familiares y amistades. Durante la travesía, cada uno de los contrayentes va acompañado de algunos amigos y deudos, que van formando una línea a cada lado de la senda viviente, palmoteando y entonando canciones laudatorias en que se ensalza al contrayente amigo y a sus antecesores.

En Tahití y otras islas de la Sociedad, no es costumbre el matrimonio por compra de la mujer; pero hay, o puede decirse que había, una curiosa ceremonia referente al matrimonio. Prometida la futura esposa, se la aisla cuidadosamente de todo contacto con personas que no sean de la familia, para lo cual se la sube en una alta plataforma, rodeada por una barandilla, construída en la casa de los padres. Se la sirve allí la comida y cuanto la es necesrio, y sólo muy rara vez se la permite salir acompañada de algún próximo pariente. El día de la boda se levanta un altar en la propia casa, sobre el cual se colocan las reliquias de sus antecesores (armas, cráneos y huesos). La novia es obsequiada usualmente con hermosas piezas de tela blanca. Si los novios están emparentados con la familia real, toda la familia se dirige al templo de los dos principales ídolos de la isla para implorar su bendición, la cual le es concedida después de demostrar su fidelidad con fervientes oraciones. Luego los parientes extienden una pieza de tela blanca sobre el suelo, y los novios pasean por ella cogidos de la mano. A veces traen a este lugar los cráneos de sus antepasados, sin duda, porque así creen que están presentes en espíritu para tomar parte en tan solemne

asunto de familia. Los deudos de la desposada toman entonces un pedazo de caña de azúcar, la envuelven en una rama de cierto árbol sagrado, la colocan un momento sobre la cabeza de la novia y la dejan después en el suelo, entre la pareja de recién casados, que permanecen aún con las manos enlazadas. Ambas familias se consideran unidas para siempre desde este momento. Por último, los padres sacan una nueva tela que arrojan sobre las cabezas de ambos contrayentes, quedando éstos así definitivamente unidos.

En Nueva Guinea, cuando los jóvenes se hallan en estado de casarse, buscan una mujer, lo cual ofrece bastantes dficultades, por lo que el pretendiente tiene que esperar mucho tiempo. El ver o conseguir una mujer requiere mucho tiempo y ofrecer gran cantidad de riqueza con que comprar a la muchacha y sacarla del poder de sus padres o, si éstos no viven, de la tutela de las personas que la guardan. El pago se verifica en especie: cerdos, víveres, adornos, madreperlas, cuentas u otros artículos de fabricación europea, si se encuentran en el mercado.

Míster William Lindt dice: "Entre otras cosas interesantes, debemos fijar nuestra atención en el precio o dote con que se adquiere una mujer, y con el cual se forma un gran montón sobre la plataforma de una de las casas. Consiste en productos indígenas, muebles, utensilios de cocina, loza, armas, aves del paraíso, cestas de batatas, yemas de banana y otros productos naturales o de la industria. Entre los regalos, debe haber siempre dos cerdos, que se atan debajo de la choza. La novia se halla sentada arriba en la galería o balaustrada delante de la puerta, como mostrando sus tesoros, con la satisfacción de que hace gala una europea al enseñar su "trousseau". El cerdo o los cerdos no deben suprimirse."

Generalmente, la mujer al casarse es despojada de su cabello y de todos sus adornos, y como señal de que toma nuevo estado, se practica sobre su rostro el tatuaje. Cuando son solteras se las tatúa todo el cuerpo, excepto la cara. El día de la boda se prepara una gran fiesta, en la que los asistentes devoran todas las provisiones. En tal ocasión es cuando los invitados presentan sus regalos, los cuales consisten en manjares que se añaden al banquete. Los novios están vestidos con sus más espléndidas galas y cubiertos de plumas, conchas y hermosas hojas de plantas. En la ceremonia de la unión no interviene ningún sacerdote, y, una vez concluída la fiesta, la pareja de recién casados comienza su vida matrimonial.

Entre los isleños de Nueva Bretaña, cuando un joven desea contraer matrimonio confía el secreto a sus padres, o si es huérfano, al jefe de la tribu a que pertenezca, informándole al mismo tiempo del nombre y circunstancias de la muchacha con quien desea unirse. Entonces, el padre envía al joven a la selva para que no presencie las negociaciones, que son de la exclusiva incumbencia del jefe de la familia. Este visita inmediatamente a los parientes de la muchacha, y juntos determinan el precio de la venta que, por lo común, se regatea mucho.

El día de la boda se celebra una espléndida fiesta en la casa del novio, con acompañamiento de música y baile, de que participa con gran regocijo la misma desposada, mientras el desgraciado contrayente sigue en el bosque. Por fin, los padres le envían a buscar, y esto es extraordinariamente difícil, pues el joven, en estas ocasiones, suele internarse algunos kilómetros, con el propósito de evitar el encuentro con los espíritus, que ejercen malísima influencia en tales circunstancias. Cuando el novio regresa acompañado de sus amigos, la pareja se retira al bosque, donde permanece tres días en la luna de miel.

En las islas de Santa Cruz, entre Salomón y Nuevas Hébridas, el padre suele buscar y destinar mujer a su hijo, sin decir a éste una palabra, y en ocasiones, transcurre mucho tiempo antes de que llegue a comunicarle tal resolución. Aún al decirle que le ha destinado una novia, no le participa quién es; solamente se limita a recomendarle que no pase por tal o cual sitio (por donde ella vive), pues está severamente prohibido que los novios o prometidos se encuentren y se hablen. Los jóvenes muestran, a veces, gran repugnancia a casarse con estas novias a quienes no conocen.

Entre los negritos de Filipinas, la ceremonia de la boda que describe un explorador, es como sigue: "La joven novia, que podía tener unos trece años de edad, había sido perseguida por su futuro esposo, que pretendía huir, y casi es inútil decir que lo consiguió, aparentando llevarle a la fuerza. La joven luchó y huyó de nuevo, pero fué alcanzada por segunda vez. Entonces un anciano con el cabello blanco se adelantó y obligó al joven a subir a lo alto de una escala de bambú. Una anciana cogió a la novia, y las dos siguieron al novio. El más anciano les roció con el agua contenida en la cáscara de una nuez de coco, y todos descendieron. La feliz pareja se arrodilló, y, habiendo el más anciano juntado sus cabezas, quedaron casados. Procuramos averiguar qué cabaña correspondía a los recién casados, pero se nos hizo comprender que hasta que el

sol saliera cinco veces irían a pasar la luna de miel en las montañas".

Después de ese período, los jóvenes se instalan en su domicilio, que habrán ayudado a construir al marido los parientes y amigos de éste, a título de regalo de boda. Las amigas de ella se encargan de adornar la casa a base de pintura y cal, con lo que hacen diversos dibujos.

Dejamos Oceanía, y pasamos al Asia. Entre las gentes del Turquestán, el matrimonio es cuestión de negocio. Los esponsales se celebran siendo muy jóvenes los cónyuges. A veces, el novio paga por la novia hasta cien yeguas; pero nunca menos de veintisiete. A este regalo de boda se llama "kalin". No es raro que se celebren los esponsales cuando los futuros cónyuges están todavía en la cuna. Cuando se hace la petición de matrimonio, el padre del novio, acompañado de todos sus parientes, se dirige al dormitorio de la novia, donde es recibido con toda ceremonia; principia a hablar de cosas indiferentes, y, cuando cree llegada la ocasión oportuna, saca una taza de aguardiente y una pipa cargada de tabaco y formula su petición.

Si el padre de la novia acepta el aguardiente y el tabaco, es prueba de que accede a la demanda, y entonces se procede a tratar del regalo de boda y de la fecha en que ha de celebrarse el matrimonio. Puestas de acuerdo las partes, el padre del novio entrega al de la novia y a los parientes de ésta algunas telas de algodón, como regalo. El novio visita tres veces por año a la novia, y va siempre acompañado de sus parientes.

Entre los ricos, la petición de matrimonio es más ceremoniosa. Los padres y parientes del novio son precedidos de un mensajero. Se les recibe con grandes ceremonias y se les agasaja durante varios días. Esta visita es devuelta por el padre y los parientes de la novia, que son, a su vez, agasajados por espacio de varios días.

Cuando se ha hecho el "kalin", los parientes del novio van por última vez al "aul" o tienda del padre de la novia. El novio le sigue a cierta distancia, y se aloja en otra tienda distinta. Fórmanse dos partidas de jóvenes: una para sacar a la novia, que se ha ocultado, y otra para impedirlo. Fingen una lucha de la que salen siempre vencedores los primeros, que llevan a la novia en un tapiz a la tienda de su padre. Algunas mujeres invitan al novio a que visite a su futura, y el prometido, después de hacer a aquéllas varios regalos, se traslada a la tienda de la novia, y permanece solo con ella varios días.

Cuando regresa al lado de los suyos, encuentra varios regalos de su suegro, regalos que se distribuye entre los que han hecho la petición del matrimonio. Estas visitas se repiten varias veces hasta que, por último, el novio, acompañado de un gran cortejo y precedido de algunas reses, se dirige a la tienda de la novia para conducirla a la suya.

Se celebra un banquete con las reses llevadas por el novio, y después la novia, acompañada de otro gran cortejo, se dirige a la tienda de su esposo. Delante de la novia marchan dos invitados llevando una tela sujeta a palos de abedul para que la prometida no vea la tienda a que es conducida hasta que llegue a ella.

En 1888, el Gobierno ruso autorizó a las mujeres para anular el compromiso de matrimonio cuando lo hubieron adquirido siendo muy jóvenes. Los hombres ocultaron esta ley a las mujeres durante mucho tiempo; pero cuando fué publicada, once novias reclamaron su libertad. Los padres de los novios tuvieron que pagar a los de las novias, como multa, varias reses. Antiguamente, una mujer que deseaba separarse de su marido tenía que huir de su compañía tres veces. Después, si de la información abierta resultaba que había sido maltratada, el matrimonio era anulado.

Los habitantes de las regiones polares de Asia, acompañan sus demandas de matrimonio de regalos por ambas partes, siendo tanto más valiosos cuanto más desahogada es la posición económica de los contrayentes.

En ciertas tribus que se dedican al pastoreo, el novio tiene que apacentar durante un año los rebaños de su suegro antes de casarse.

Al celebrarse el matrimonio, se reúnen en un sitio dado las familias de los novios, y se forma en él un campamento. Se cargan en un reno todos los objetos que constituyen la dote de la novia; monta ésta en aquél, y en otro reno, una parienta anciana, y acompañados del padre, que conduce el reno en que va su hija, se dirigen a la choza del novio, que está escondido. Dan una vuelta alrededor de la choza, levanta la novia otra choza junto a la del novio, prepara la prometida algo de comer e invita a sus parientes y conocidos. Se baila después de la comida, y el matrimonio queda terminado.

En Africa es donde más se diferencian los usos referentes al

matrimonio, lo que depende también de las distintas religiones. El árabe, por ejemplo, es muy galante en sus amores, aunque rara vez tiene ocasión de hallarse en presencia de su amada. Los europeos expresan su cariño poniendo la cara triste y dirigiendo miradas a la mujer preferida; los beduínos indican la ferocidad de su naturaleza aun para hacer el amor; algunos de ellos se infieren heridas graves de arma blanca para probar la realidad e intensidad de su pasión.

Entre los beduínos, la boda se celebra de una manera original. La novia viste las joyas que la ha regalado el novio, y, montada en un camello y acompañada de sus amigas y, a veces, sin acompañamiento alguno femenino, cuando el novio reside lejos, es instalada sobre un camello en una especie de plataforma, cubierta con un toldo, y conducida así, frecuentemente a través de varias jornadas de desierto, a la tienda del que ha de ser su marido. (LáminaV.)

Cuando el matrimonio tiene lugar en el poblado en que habitan ambos contrayentes, los amigos de éstos bailan y juegan constantemente, procurando por todos los medios impedir al nuevo matrimonio que haga vida conyugal durante tres días.

Los "fans" del Africa ecuatorial acostumbran a comprar a sus mujeres. A veces, un enamorado tarda varios años en reunir lo necesario para comprar a la novia, porque el padre pide por su hija, preferentemente, mercancías europeas, siendo preciso reunir la cantidad necesaria de marfil, y esperar que las caravanas de la costa lleguen con los objetos deseados para cambiar aquél con éstos.

Antes de celebrarse el matrimonio, el novio hace acopio de carne de elefante ahumada y de vino de palmera. Para ello toma muchas veces a su servicio a varios cazadores.

El día que se celebra el matrimonio, el novio se adorna el pelo con plumas de colores brillantes, se unta el cuerpo con aceite de lino y los dientes de negro; se coloca a la cintura su cuchillo de guerra, y, si ha tenido la suerte de matar alguna fiera, se arrolla la piel al cuerpo. El traje de la novia se reduce a un simple taparrabos. Lleva brazaletes y ajorcas de hierro, y se adorna el peinado con cuentas blancas de vidrio.

Reunidos los novios, principia el banquete o, mejor dicho, la orgía, que dura varios días, hasta que se terminan las provisiones.

Los "bakongos" congoleses adquieren la esposa por compra o por captura. Algunas veces se han originado verdaderas batallas entre los amigos de un candidato al matrimonio y las gentes de otro poblado al que pertenecía la novia o la prometida. Cuando se ha apoderado de la muchacha, el galán la guarda, sin permitirse con ella la menor libertad hasta que no se ha puesto de acuerdo con el padre. Este negocio se arregla siempre entregando el novio al padre un regalo consistente en ganado, aguardiente, armas europeas o instrumentos de labranza, proveyendo de equipo a la novia y entregando a la familia el coste del banquete de boda.

No hay ceremonia nupcial propiamente dicha. Los invitados se reúnen a comer y a beber las abundantes provisiones aportadas por el novio y sus amigos, organizándose entre tanto el célebre "tam-tam", que no es más que una danza al compás de unos grandes tambores de gran resonancia, cuyo estrépito puede escucharse a más de veinte kilómetros de distancia.

Esta música bestial es imprescindible en todas las fiestas, especialmente las que se refieren a la iniciación, al matrimonio y a los actos con que se solemnizan los partos. El "tam-tam" dura varios días, y los ejecutantes de los instrumentos son las únicas personas que no deben tomar parte en los actos sexuales a que se entregan todos los invitados y demás gentes del pueblo, aunque al director de la orquesta le está permitido servirse de un hermana de la novia o de una amiga. (Lámina VI.)

A pesar de verificarse las uniones por medio de estos procedimientos de violencia, el "bakongo", que puede tener tantas mujeres como le consienta su fortuna, ama a sus esposas con ternura, y jamás las hace objeto de malos tratos.

Los "fellahs" (agricultores) de Egipto practican la poligamia, y cuentan sus mujeres por docenas. El matrimonio es concertado por los padres de los novios. Las mujeres se casan cuando tienen doce o catorce años, y los hombres cuando cuentan tres años más, si bien no pueden verse hasta que está a punto de verificarse la ceremonia; no obstante, ambos están en libertad de no casarse si no se agradan.

El matrimonio no se reduce a una compra, pero se conserva una reminiscencia de esta costumbre, que consiste en la dote que entrega el padre del novio al de la novia, y cuya cantidad se emplea en el ajuar de ésta.

El divorcio es fácil, y muchas veces se debe a un acceso de cólera, pero no es rara la reconciliación. Sin embargo, cuando el divorcio ha sido formal, es ilegal la reconciliación de los cónyuges. Esto sólo puede verificarse por la ley del "mostahill", o sea casándose la mujer con otro hombre, que se divorcia en seguida, y entonces le está permitido casarse de nuevo con su primer marido.

Entre los indios norteamericanos, el matrimonio consiste casi siempre en la compra de la novia, realizada por el padre de ésta, con o sin su consentimiento. Cuando la novia no da su consentimiento, se la roba. Sin embargo, los jóvenes contraen entre sí afectos que son más fuertes que la ley de la tribu. En este caso, sus relaciones son ocultas; pero si las continúan hasta el nacimiento de un hijo, el matrimonio queda legalizado, forma por la cual se efectúa la unión por cariño.

Los indios no exigen, en general, belleza a sus mujeres, sino robustez. La demanda de matrimonio suele hacerse por medio de un tercero. El precio de la novia aumenta según su categoría, y no es raro que el futuro esposo se preste a servir a los padres de aquélla en pago de la mano de su prometida. En ciertos casos, los matrimonios se concertan siendo todavía niños los futuros esposos, entregándose presentes como garantía.

La ceremonia de boda suele reducirse a un banquete. Ciertas tribus del Canadá practicaban la siguiente: los novios cogían cada cual por un extremo un palo, de un metro de longitud; un anciano pronunciaba un discurso, y partía el palo en tantos pedazos como eran los concurrentes, y los repartía entre ellos. El divorcio es frecuente y fácil. Si hay niños, se los reparten entre el marido y la mujer, que pueden casarse de nuevo, si lo tienen por conveniente. El adulterio era castigado antes con mutilaciones y hasta con la pena de muerte, pero la influencia de los misioneros cristianos ha hecho que desaparezcan tan bárbaras costumbres.

Como son muchas las tribus, sus costumbres son también diferentes. El doctor Caufeynon, en su libro "La procreación y el parto", dice, refiriéndose a los pieles rojas, hay costumbre de que los maridos se casen también con las hermanas jóvenes de su esposa, si ésta es la mayor, y cada una de ellas se considera madre de los hijos de su hermana.

En Kamtchatka, según el citado autor, el novio está en la obligación de servir primero a los padres de su futura. Después, y para poder casarse, tiene que atentar, por lo menos una vez, contra el pudor de su prometida. Es una especie de ceremonia pública. La novia es protegida por las otras mujeres de la aldea. El padre de la prometida le dice al novio: "Tócala, si puedes". Pero la joven está defendida cuidadosamente y sus órganos genitales tapados por pantalones y camisa. Es preciso que los ataques se sucedan cada vez más violentos. La victoria del hombre queda proclamada cuando el

novio ha conseguido tocar a la novia en su parte más íntima, y cuando ésta ha gritado: "¡Ni, ni!", con un tono quejumbroso, manifestándose derrotada y atentada en su pudor.

"En la India—refiere Caufeynon—, la libre elección no juega ningún papel en la unión conyugal; entre los blancos, son las familias las que casan a los muchachos a voluntad. La poligamia está tolerada entre las gentes de alto rango. Los viudos vuelven a casarse lo más pronto posible; porque en la India, al hombre soltero, se le excluye de la sociedad.

"Se recuerdan, con horror, las costumbres funerarias de la época en que las viudas se hacían quemar sobre una pira de madera de sándalo para acompañar a sus esposos hasta más allá de la tumba. En 1840, las trece mujeres de Raud-Oijt-Sing murieron así en Lahore, junto al cadáver del marido, mientras que otras ciento cincuenta mujeres del serrallo ardían en Ramnagar. Un rajah se hacía seguir a su muerte por ciento dieciséis esposas. En fin, hace pocos años, se verificó un último holocausto de mujeres consagradas, a pesar de la vigilancia de las autoridades inglesas.

"En nuestros días, el sentimiento del bien y del mal se ha modificado de tal manera, que las viudas más atribuladas por el dolor no piensan casi nunca en arrojarse al fuego, aunque éste esté alimentado por madera de sándalo.

"En algunos distritos de la India, sin embargo, las parientes de la mujer que ha perdido a su marido la despojan de sus vestiduras, le rapan los cabellos y la condenan a los trabajos más duros de la casa, siendo la esclava de todos. En cuanto a volver a casarse, le está severamente prohibido, y el hombre que tuviera la audacia de casarse con una viuda, perdería su casta y se expondría a la muerte civil.

"A pesar de que los ingleses van extirpando estas costumbres bárbaras, en ciertas comarcas las viudas tienen todavía que afrontar muchos desprecios de los hombres, y las más de ellas se hacen cortesanas para evitarlos.

"En la casta de los brahmines, las jóvenes deben estar ya casadas cuando llega la época de la pubertad, so pena de caer en deshonor. El padre es quien se ocupa de casar a su hija, haciendo la petición a los futuros suegros. La novia pasa la noche correspondiente al día de la boda en casa de su suegra, volviendo en seguida a la de sus padres; algunos meses después, se la conduce a la de

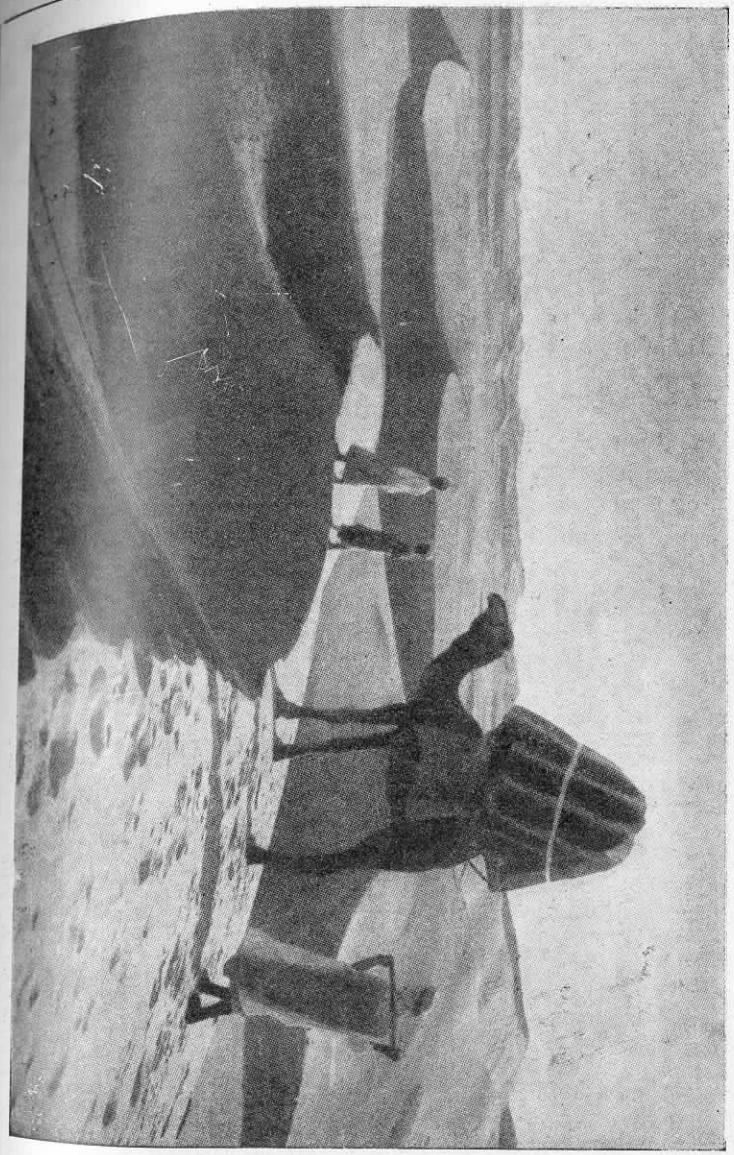
su marido; pero vive siempre con su suegra o sus cuñadas, hasta el momento en que es ya núbil y se consuma el matrimonio."

En Persia, país semicivilizado, hay pocas mujeres que lleguen a los veinticinco años sin haber estado casados dos o tres veces. Se practica la poligamia, especialmente por los magnates y príncipes. Madame Dieulafoy, que visitó el harém del palacio del Shah, dice que había en él más de cuatrocientas mujeres, bellísimas todas y de distintas razas. La descripción que hace del harem, llamado "Salón de Estado", es la siguiente:

"Se baja a él por una estrecha galería que se abre sobre un vestíbulo; se llega a una habitación octogonal, recubierta por una cúpula, formada de grandes vidrieras de color de ópalo, que permite llegar al interior una discreta luz. En una de las ochavas de esa estancia desemboca el final de un pasillo en rampa, construído con planchas de ágata encintada.

"Las mujeres del serrallo, completamente desnudas, se colocan una tras otra en el vértice de aquel plano inclinado, se deslizan por él y van a caer a un estanque situado en el centro del salón. Los reyes pasan las mejores horas de su vida en este subterráneo, en donde se goza de una frescura deliciosa, y procuran distraerse haciendo ejecutar a sus mujeres extravagantes ejercicios acrobáticos."

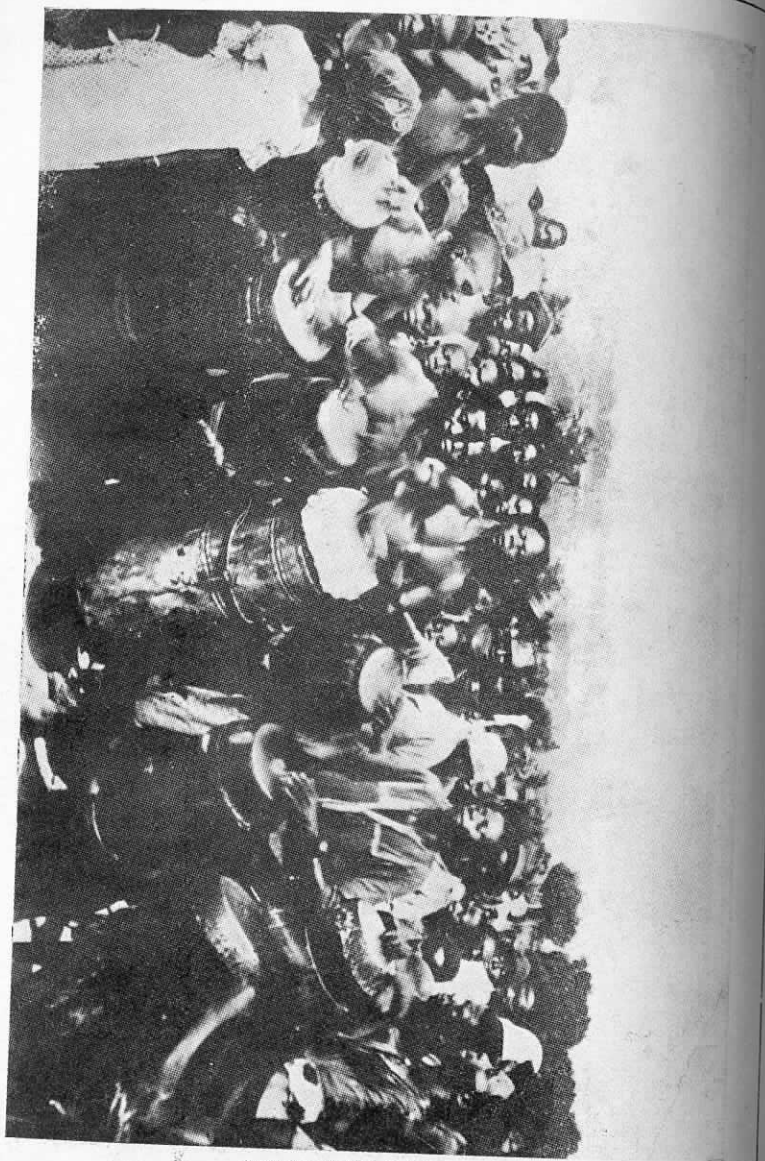
Y terminamos el presente capítulo que, no obstante, serviría de tema a muy numerosas páginas.



CONDUCCION DE UNA NOVIA BEDUINA

Cuando un beduíno quiere una esposa, la compra, a lo mejor muy lejos de donde habita. La muchacha debe ser conducida a presencia de su futuro a lomos de un camello, sobre un sillón entoldado.

LAMINA V



"TAM-TAM" BAKONGO

En todas las ceremonias sexuales que celebran los negros del Congo es imprescindible el concurso de estas orquestas, que con su estruendo animan los bárbaros ritos.

LAMINA VI

EL EMBARAZO Y EL PARTO

La prueba del fuego en Siam.—La placentofagía.—Los árboles estériles.—La diosa «Madre» y las «mujeres-demonios».—En el Turquestán.-La legalidad del infanticidio.-Contra los malos espíritus.—El embarazo y el divorcio.—El aplastamiento de cabezas.—Las tribus de Oceanía.—La magia de los trajes.—El porqué del baño.—La abstención forzosa.—El parto entre los polinesios.—Los cuidados del niño.

El embarazo y el parto entre los salvajes se consideran como accidentes naturalísimos en la vida de la mujer, si bien es cierto que en algunos pueblos constituyen verdaderos acontecimientos que se solemnizan de diversos modos, unas veces desde el punto de vista de la magia, y otras por medio de ritos religiosos.

Realmente, lo que constituye motivo de júbilo entre estas gentes no es el nacimiento de un nuevo ser, sino el embarazo, que encierra la promesa de lo que va a venir al mundo. No obstante, tales acontecimientos, que son felices para algunos, son desgraciados para otros, por la razón de que el factor economía no deja de contribuir en el control de la natalidad.

Por lo general, el estado de embarazo no influye para nada en el sistema de vida de las mujeres salvajes, ni tampoco se guardan cuidados durante el puerperio; ya hemos aludido en otro volumen a estas cuestiones, especialmente al referirnos al elemento supersticioso en la vida sexual.

No obstante, hay muchos pueblos que observan ciertas costumbres más o menos justificadas desde el punto de vista higiénico, pero que no tienen explicación en otros aspectos.

En Siam, la mujer embarazada no modifica para nada sus costumbres, aunque le sea difícil trabajar a consecuencia del volumen del vientre. Se considera que la vida del feto depende de la actividad de la madre, y cuando se trata de mujeres de buena posición

económica, incluso realizan los trabajos que le están encomendados a las sirvientes, con tal de no permanecer inactivas.

En cuanto nace la criatura, la madre la coloca cerca de un gran fuego, donde el recién nacido permanece varios días expuesto a un calor tan intenso que, a veces, le produce una enfermedad grave y hasta la muerte. Tan arraigada se halla esta bárbara costumbre entre las clases alta y baja, que el mismo rey intentó, en vano, hacerla desaparecer.

La finalidad que persiguen las madres siamesas con esta costumbre verdaderamente nociva, es la de preservar al niño de las fiebres palúdicas y de las diarreas producidas por el calor, puesto que pretenden que, al habituar al recién nacido a tan elevadas temperaturas, queda inmunizado contra los efectos del calor.

Entre los "chanes" de Birmania se celebran diversos ritos para solemnizar el embarazo de las mujeres casadas. Tan pronto como se les suprimen los menstruos, reducen a la mitad las horas de trabajo, que deben dedicar al sueño". Esta costumbre no es obligatoria; pero ningún marido podrá oponerse a que su esposa haga de las horas de esa media jornada lo que estime conveniente, puesto que de esta manera no gastará las fuerzas que le serán necesarias para soportar el trabajo del parto.

Cuando nace el niño se le atraviesan las orejas con una pluma o un alfiler de sujetar el cabello, y al mes, próximamente, se le afeita la cabeza y se le tiene así unos cuantos años. La primera operación no tiene más objeto que facilitar la colocación de los numerosos adornos que se colocan al chiquillo en cuanto nace, y la segundo, o sea el afeitado de la cabeza, se practica con el fin de evitar el desarrollo de ciertas enfermedades que no tienen más origen que la falta de higiene de las madres, que a toda costa procuran no lavar a la criatura por considerar que el agua es perjudicial para la salud.

Una costumbre, en extremo repugnante, que también se observa en otros pueblos, y especialmente entre los indígenas del Brasil, es la placentofagia o práctica de comerse la placenta. Entre las gentes que habitan el interior del país, los restos de la envoltura fetal son devorados por los familiares de la parturienta. En otras regiones, más en contacto con la civilización europea, cuando la mujer ha terminado el alumbramiento, la comadrona que la ha asistido toma la placenta y la envuelve en los trozos de tela manchados

de sangre, juntamente con los coágulos y los pelos de la región sexual, que corta sirviéndose de unas tijeras.

Este paquete lo oculta la madre cerca del lecho, y tan pronto como la noche llega, va a enterrarlo en un sitio que ella sola debe conocer, so pena de exponerse a sufrir graves accidentes.

Hutchinson, refiriéndose a los chinos, menos civilizados, dice que una esposa china desea sobremanera dar hijos a su marido que perpetúen su nombre y quemen incienso delante de su tumba, después de morir. Las hijas suelen ser actualmente tan poco apreciadas como hace algunos años, en que se las arrojaba a los estercoleros; si bien, a veces, una mujer sin hijos adopta una niña de otra familia, creyendo que así llegará con el tiempo a ser una madre feliz. La idea se funda en una superstición extraña o, mejor dicho, en un concepto curioso e interesante de la relación entre el espíritu del mundo y la vida terrenal. El pensamiento se explica así: la mujer está representada por un árbol en el mundo invisible. La cualidad del árbol indica si ha de tener hijos o no, y cuál será su número, si tiene flores o no. Si tiene flores, según el color de éstas, cuál será el sexo de los hijos; si las flores son rojas, la mujer tendrá hijas. Si son blancas, tendrá hijos; si las flores son de diferentes colores, unas blancas y otras rojas, tendrá hijos e hijas. Si no tiene flor alguna, la pobre mujer será estéril; pero así como en el mundo los hombres injertan en un árbol un vástago de otro para obtener de este modo el fruto deseado, de igual manera la china adopta un hijo de una familia que los tiene, con la esperanza de que dará flores el árbol no florido del espíritu terrenal que representa a la estéril esposa. A esta costumbre se la llama, por consiguiente, "injerto".

Hay una diosa de los niños llamada comúnmente "Madre". Todos los años, entre el 11 y el 15 de los meses de enero y agosto, algunos de los templos más populares de esta diosa son visitados por mujeres estériles, que queman incienso y encienden velas ante su imagen, haciendo promesas en acción de gracias si la diosa satisface su deseo.

Cuando se aproxima la época de dar a luz una mujer, en algunas familias se acostumbra a tener propicias dos mujeres-demonios, que se cree acuden para matar a la mujer. Se prepara una mesa con manjares, incienso, flores y moneda falsa, y un sacerdote recita diversas oraciones. Al fin de esta ceremonia, varios es-

píritus malignos son invitados a aproximarse y a recibir la ofrenda de la mujer y de su esposo.

Si la mujer padece mucho durante el parto, o si la criatura tarda bastante en nacer y su vida corre, al parecer, peligro, los amigos o los parientes forman varias imágenes, una de las cuales representa a la "Madre". A tales figuras se las hace bailar cerca de la puerta de la habitación que ocupa la enferma; en algunos casos, la imagen que representa la diosa es paseada por el cuerpo de la mujer, haciéndola bailar sobre él. Se cree que este tratamiento calma el dolor y acelera el parto.

En el Turquestán, las mujeres embarazadas gozan de grandes consideraciones hasta el punto de que muchas veces tienen autoridad para juzgar en los delitos cometidos por sus convecinos. No puede contrariarse en nada a una mujer que se halle en estado interesante, porque ello equivaldría a despertar en el feto instintos de venganza.

Al nacer una criatura, se reúnen varias viejas y practican ritos mágicos, con objeto de espantar los malos espíritus, y para tenerlos propicios, arrojan al fuego parte de una oveja o de un cordero recién sacrificados. Con la otra parte de la carne se hace un caldo, que es el único alomento que toma la parturienta. La carne cocida se reparte entre las mujeres que asisten al parto.

Con la espuma que forma la carne al ser cocida, se baña al recién nacido y, además, se le envuelve en la piel del animal sacrificado, colocándole en la parte superior de la tienda si es niña, y en la inferior si es niña.

Para darle fortaleza se le cuelgan al cuello unas cuantas vértebras de la oveja o cordero sacrificado. Se le lava después con agua, en la que se echan monedas de oro o de plata, con objeto de dar suerte al recién nacido, y después se le coloca al lado de la madre.

A los tres días, durante los cuales el niño no debe mamar, se procede al bautizo, que se reduce a sumergirle tres veces en un cubo de agua salada, poniéndole después el nombre. Si el niño es de una familia rica, asiste un sacerdote a la ceremonia, y recita una oración. El nombre suele ser el del primer objeto animado que ve el encargado de ponerlo. Si éste es un budhista, antes de poner el nombre al niño, consulta a los astros y escoge un nombre entre las constelaciones, el año, el mes, etc. Desde que el niño tiene nombre se le coloca en una cuna.

Durante los primeros meses de su vida, se le baña a menudo en agua salada y se le unta con grasa para que sus miembros adquieran elasticidad. Después se le envuelve siempre en el mismo paño, y, pasado cierto tiempo, este paño, untado de grasa, se da a comer a los perros, a fin de que hagan desaparecer de este modo todos los gérmenes de enfermedad presente y futura. Otras veces se conserva el paño, que se aplica sobre el cuerpo como remedio de toda enfermedad.

A los tres o cuatro años, se coloca al cuello del niño un cordón de seda, del que cuelga una bolsita de cuero destinada a contener los amuletos y oraciones. Esta bolsa debe ser llevada toda la vida, aumentando el número de amuletos, a ser posible.

La educación del niño empieza desde muy joven. Se le regala, siendo niño, un potro que ha nacido en el mismo año que él, y se crían juntos. Como aprenden a montar a caballo desde su más tierna edad, llegan a ser jinetes consumados.

En las tierras del Estrecho de Behring, para dar a luz una mujer se construye una tienda de pieles en verano, o una choza de nieve en invierno. A los dos meses de haber dado a luz, se considera pura la mujer, y viste un traje nuevo, conservándose como amuleto el que ha usado antes.

Mientras la mujer queda recluída en la cabaña, se la considera como impura, y sólo puede comer la carne de los animales muertos por su esposo o por uno de sus hijos, siempre que sea el primer botín de caza de éste. Al salir de la cabaña no lo hace por la puerta principal, sino por otra accesoria. Estas mujeres son poco fecundas, siendo raro que cada familia tenga más de tres hijos. La lactancia dura tres años. La mortalidad de los niños es grandísima, y además no son raros los infanticidios, aunque profesan gran cariño a sus hijos.

A los niños se les pone el nombre de una persona que ha muerto hace ya algún tiempo o el del primer individuo que penetre en la cabaña después de nacer la criatura. Son frecuentes los cambios de nombre, y cuando muere un individuo, se pone su nombre al de menos edad de la familia.

Estas gentes son supersticiosas en extremo. Una mujer embarazada no puede comer al aire libre. Tampoco puede nadie beber en la misma vasija que ella ni encender fuego en su hogar. El marido de la recién parida no debe trabajar en unas cuantas semanas, porque, de lo contrario, moriría su hijo.

Cuando da a luz una mujer, se sacan de la choza todos los ob-

jetos de caza y pesca, que son sustituídos por dos bloques de hielo colocados uno sobre otro, fijándose en el superior unas cuantas piedras pequeñas, en forma de corona. Estos bloques de hielo se abandonan en un rincón de la cabaña hasta que se derriten.

En ciertas regiones de Africa, los negros aislan la cabaña donde da a luz una mujer, y la consideran con temor hasta que se desprende el cordón umbilical de la criatura. Durante este tiempo, el marido no puede penetrar en la cabaña.

En algunas tribus es costumbre entregar al jefe el cordón umbilical del recién nacido, y el jefe lo mete en un saco de pieles donde se guardan todos los objetos sagrados que se conservan en la casa santa. Otras tribus acostumbran a enterrar el cordón cerca de la choza donde da a luz la negra.

Los partos generales o múltiples son considerados como un don del cielo, y cuando la mujer ha terminado de lavar y purificar a los recién nacidos se celebran diversos festejos en su honor.

Esto no obsta para que las criaturas sean vendidas a los mercaderes de esclavos, lo que sólo se hace con aquellas en las cuales los dientes de la mandíbula superior aparecen antes que los de la inferior. Los padres creen que estos hijos llevarán la desgracia a sus hogares y se deshacen de ellos vendiéndolos como esclavos. En la época de grandes escaseces, el hambre obliga a los padres a deshacerse de sus hijos, aunque es frecuente verles mostrando grandes pruebas de cariño. El infanticidio es muy raro, aunque la miseria sea mucha.

Entre los «bechuanas» del Sur de Africa no se celebra ninguna ceremonia para solemnizar el embarazo, pero cuando una mujer está de parto es asistida por una de las más ancianas, que tiene el encargo de estrangular a la criatura que nace por los pies, y a los mellizos. Como entre los anteriormente citados, también son estrangulados los niños a los que salen antes los dientes de arriba que los de abajo.

La partera tiene que beber los orines de la parturienta durante los tres días que siguen al parto. Después de cumplido este plazo, la comadrona hace una incisión en los pechos de la criatura que curan después con hierbas medicinales.

El marido no puede ver a su mujer hasta cinco días después del parto, y entonces necesitan purificarse. Para ello se sienta uno frente al otro en un madero sagrado, se untan con grasa también sagrada, se ponen después en pie sobre el madero y se separan en

dirección contraria. Este madero sagrado tiene uno o dos metros de longitud, y se coloca de través delante de la puerta de las chozas donde hay enfermos.

El niño no puede ser sacado fuera de la cabaña en todo el primer mes. Al segundo mes puede salir hasta el dintel de la puerta. Después, el hechicero esparce polvo sagrado sobre la cabeza del niño, le hace en el cuerpo varias incisiones y, por último, ata un pedazo de madera al zurrón de piel donde la madre lleva al hijo. Este pedazo de madera es un amuleto eficacísimo contra la hechicería. Como recompensa recibe el hechicero un buey, pero no se le entrega hasta que se casa el último hijo de la familia.

Cuando nace un niño entre los «kavirondos», es llamado a la cabaña de la parturienta el «hombre de la medicina», el cual toca el tambor para asegurar la dicha del recién nacido y con el fin de espantar a los malos espíritus que rondan por los alrededores.

A los cuatro días después del nacimiento, si se trata de una niña, y a los seis si es un niño, la madre saca a la criatura de la aldea y la abandona en un camino. Es recogida y devuelta a su madre por otra mujer, que se considera desde entonces como su madrina. Esta costumbre es, indudablemente, recuerdo de una época en que se abandonaba a los niños ; la costumbre se adoptó en su principio para las niñas, que, según toda probabilidad, fueron las primeras a quienes se abandonó. El nacimiento de gemelos se considera como una dicha, y es celebrado con grandes danzas.

Entre los fellahs de Egipto, el embarazo es un accidente tan natural y sin importancia, que la mujer no tiene derecho a manifestar las molestias naturales que le ocasiona su estado, so pena de ser repudiada por el marido. Cuando nace un niño, se le mantiene en reclusión por espacio de siete días, durante los cuales no puede verle hombre alguno, ni aun su padre, por temor a perjudicarle. Pasados los siete días, se le coloca en un canasto y se le conduce en procesión por toda la casa, llevando los acompañantes cirios encendidos, mientras que la parida esparce grano y sal destinados a servir de alimento a los malos espíritus. El niño es sacudido en el canasto para hacerle perder el miedo, y se le expone al sol con objeto de endurecer sus ojos.

Si se trata de una niña, la casa se llena de mujeres, invitadas por la madre, y si es un niño, el padre invita a sus amigos, y la criatura es conducida en un canasto a la habitación del padre, donde éste ve por primera vez a su hijo. Es bautizado entonces por

el cadí, quien chupa un terrón de azúcar candeado y deja que caiga el líquido en la boca del niño, después de lo cual pronuncia su nombre.

Las costumbres de los indios norteamericanos respecto del embarazo y el parto, son bastante curiosas. No suelen tener muchos hijos, porque las mujeres conocen el empleo de ciertos contraconceptivos tanto mecánicos como químicos, sin desconocer tampoco las propiedades abortivas de ciertas plantas.

Cuando se trata de un embarazo no deseado por el padre, la mujer está obligada a trabajar más que si no estuviese embarazada, generalmente en faenas pesadas y que exigen grandes esfuerzos físicos. Esto tiene por objeto provocar el aborto, lo que se consigue algunas veces. Por el contrario, cuando el hijo es deseado, se rodea a la embarazada de toda clase de cuidados, alimentándola, esto no obstante, con cierta prudencia, a fin de impedir el desarrollo excesivo del feto, que pondría en peligro la vida de la madre.

Por lo general, la mujer no da a luz en la cabaña común, sino en otra que se prepara para este objeto y a la que se traslada en cuanto nota los primeros síntomas del parto. En ciertas tribus se acostumbra hacer tomar a la recién parida un baño de vapor. A los niños se les baña en agua fría de mar o de río, práctica que puede considerarse en cierto modo como religiosa.

Los indios castigan pocas veces a los niños; antes bien, les profesan gran afecto. En ciertas comarcas, cuando los niños no andan todavía, los sientan, si son varones, sobre pieles de grandes felinos, y si son niñas, sobre pieles de hembras de búfalo, para que adquieran así las cualidades de estos animales.

Otra costumbre curiosa que existía hace tiempo en las tribus que ocupaban en la parte superior de la Colombia Británica, era la de aplastar la cabeza de los niños. Estos eran colocados en una cuna estrecha de madera, en cuya parte superior había una tapa que se movía por medio de un gozne y que se aplicaba sobre la frente, que así quedaba comprimida.

Tal vez sea Oceanía la parte del mundo donde el embarazo, lo mismo de la mujer que el de las hembras de los animales domésticos, se celebre con más ceremonias. El doctor Malinowski refiere las costumbres de ciertos isleños de la Polinesia, entre los cuales las ideas mágicas ocupan una gran parte de la espiritualidad de su vida.

«El embarazo—dice—se diagnostica primero por la hinchazón de los senos y la coloración más oscura de los pezones. En esta época, una mujer puede soñar que el espíritu de sus parientes le trae del otro mundo un niño para que reencarne. Si durante los dos o tres meses siguientes no aparecen sus menstruaciones, entonces, dicen los indígenas, es seguro que ha quedado embarazada («isuma»). Según la embriología de los indígenas, el vientre comienza a crecer cuatro meses después de la aparición en sueños del espíritu («baloma»). Cuando una mujer embarazada por primera vez llega a esta fase, los parientes de la futura madre se consideran en el deber de procurarle ciertos vestidos ceremoniales prescritos por la costumbre. Estos vestidos se componen de una falda lisa y blanca, hecha de fibra vegetal y de un largo manto fabricado con el mismo tejido. Estos vestidos le son entregados con gran lujo de ceremonias en el curso del quinto mes del embarazo; la mujer los lleva durante uno o dos meses, y también después de haber dado a luz. Las ceremonias en cuestión no se realizan cuando se trata de una mujer cuyo embarazo no es el primero, sino únicamente cuando se trata de una primípara.

»Tuve excelentes ocasiones de estudiar la magia de los trajes de embarazo. El rito es sencillo, pero interesante, pues revela las ideas de los indígenas acerca de la naturaleza de la fuerza mágica y su manera de obrar. Se extiende en tierra una estera, sobre la cual se depositan los cuatro trajes del embarazo. Las mujeres han traído consigo la parte inferior, carnosa, de ciertas hojas blancas y cremosas de una planta liliácea, que produce flores de una blancura de nieve. Estas hojas son cortadas en pedazos, que se esparcen sobre los trajes. Las obreras que conocen la fórmula—y siempre hay varias de ellas—se arrodillan en torno de estos objetos, e inclinándose profundamente, acercan sus rostros al tejido fibroso, hasta tocarlo directamente, a fin de que lo penetre la respiración que lleva las palabras mágicas (de las que reproducimos las finales, adaptándolas): «Toda tú eres pureza y blancura», etcétera (fórmula aduladora). En otra aldea, dice Malinowski, me procuré el fragmento inicial de la fórmula mágica de que se sirven ciertas mujeres. También en esta fórmula se invoca a un pájaro: «¡Oh, paloma blanca, ven, arrulla nuestro manto de embarazo! Yo iré a arrullar tus huevos.»

"La paloma así invocada es conocida por la blancura de su plumaje y del cascarón de sus huevos. «Arrullar» el manto del em-

barazo es una frase que se refiere al niño por nacer, cuya piel debe ser también blanqueada.

»Al día siguiente de la confección y encantamiento de los trajes tiene lugar la verdadera investidura de la mujer encinta. Con esta ceremonia se halla asociada la de su baño y lavatorio público y la de su atavío mágico. Muy de mañana toda la aldea, o por lo menos toda la población femenina, está en pie y se prepara para el espectáculo. Los «tabula» (hermana del padre y otros parientes paternos) se reúnen en la cabaña del padre, en donde les espera ya la mujer embarazada. Cuando todo está listo, la futura madre se dirige hacia la playa entre dos de su «tabula».

»Una vez llegadas al borde del agua, las mujeres se distribuyen en dos filas, haciéndose frente, y cada una tiende sus brazos cruzados a la que tiene enfrente, como se hace en el juego infantil llamado «silla de la reina». La mujer embarazada pasa sobre este puente vivo, apoyándose en las cabezas de las mujeres, y, a medida que avanza, la pareja de atrás se pone en la cabeza de las filas, extendiendo constantemente el puente. Así avanzan en el agua hasta cierta distancia, andando la mujer encinta a pie enjuto sobre los brazos de sus compañeras. Al llegar a cierto punto, se le permite saltar al agua. Las mujeres comienzan entonces a jugar unas con otras, formando siempre la futura madre el centro del juego. Sus compañeras la salpican, la sumergen y la mojan cuanto pueden, no con intención de molestarla, sino por simple exuberancia y amor al juego. La «tabula» tiene el deber de cuidar de que la mujer sea bien lavada durante el baño ceremonial. «Frotamos su piel con nuestras manos, frotamos su superficie, la limpiamos.»

»Terminado el baño y las abluciones, la mujer es llevada a la playa y depositada sobre una estera. La mayoría de las veces es llevada a la playa por sus parientes, pues a partir de este momento debe quedar completamente aislada de la tierra y sus pies no deben tocar el suelo. Se la deposita sobre una estera hecha con hojas de cocotero, y su «tabula» procede a su atavío, lo que hacen con minucioso cuidado y según un ritual mágico y complicado.

»Después del baño, la mujer debe ser frotada y secada. Esto se hace ritualmente. Todo este ritual de la investidura y adorno se halla asociado a la magia de la belleza, que la costumbre y la tradición imponen en esta ocasión, aunque no se halle relacionada

directamente con el embarazo, ni con el atavío del embarazo. Sólo después de ejecutar esta magia de la belleza, se puede proceder al propio rito del embarazo, que consiste en hacer revestir a la mujer el ropón largo. Durante la celebración de este ritual, la futura madre se mantiene sobre una estera, pues, como ya hemos dicho, después del baño sus pies desnudos no deben estar en contacto con el suelo. Completamente ataviada ya y cubierta con el largo manto de fibra, la mujer es levantada por dos de sus «tabulas» y llevada a la casa de su padre, en donde se la deposita sobre un pequeño estrado construído especialmente para ella. Cuando se trata de la esposa de un jefe, se acostumbra a llevarla, no a la casa de su padre, sino a la de su tío materno, en la que ocupa un alto estrado.

»La mujer permanece sentada en este estrado durante el resto del día. Durante este tiempo, debe permanecer prácticamente inmóvil, sin pronunciar palabra, como no sea para pedir de comer o de beber, y aun entonces debe hacerlo por señas hasta donde esto sea posible. No debe tocar los alimentos con sus manos, correspondiendo a la «tabula» el ponérselos en la boca. Sólo rompe su inmovilidad de vez en cuando para lavarse el rostro, los brazos, los hombros y para frotarse la piel. Con este objeto, su marido le lleva agua en un barreño de madera, o bien dos mujeres la llevan a la playa o la piscina, en donde se lava, manteniéndose siempre sobre una estera. Después de la puesta del sol le está permitido retirarse a la casa de su padre a descansar, pero al día siguiente debe instalarse de nuevo en el estrado, continuar en su inmovilidad y observar los mismos tabús del día anterior. Esto se repite durante tres o cinco días, según sea la categoría y la importancia de la mujer y de su marido.

»Terminada la velación ceremonial sobre la plataforma, la mujer puede regresar por unos cuantos meses más a la casa de su marido, o ir a la de su padre o a la de su tío materno. En todo caso, debe acudir a una de estas tres casas para dar a luz. Se cubre con el manto del embarazo hasta que éste se gaste. Generalmente, dura cerca de dos meses, de modo que la mujer se despoja de él dos meses antes del parto.» (1).

Las explicaciones que dan los indígenas de Oceanía acerca de todas estas costumbres, son bastante confusas, ya que si por lo

(1) B. Malinoswski, *La vida sexual de los salvajes.*

general en toda esta parte del mundo los usos y ceremonias constan de idénticos o parecidos actos, no en todos los pueblos tienen el mismo significado o igual inspiración.

Muchos otros siguen estas prácticas por tradición, «porque se han realizado siempre», pero sin prestar oídos cuando se les pide explicaciones de las ceremonias.

La explicación de los baños rituales de la embarazada, se basa en la creencia de que el hecho de que la madre juegue con el agua da lugar a que el feto se desprenda con facilidad de la matriz, resultando así el parto sumamente fácil. También se cree que los niños que nacen heredan el espíritu de los antepasados, célebres por cualquier motivo, espíritus que habitan en la superficie de las aguas transportados por las hojas de los árboles o las semillas de ciertas plantas. Por esta razón se considera conveniente que la mujer embarazada ponga sus órganos genitales en contacto con las aguas, a fin de que puedan penetrar en su cuerpo los espíritus de los antepasados y formar el espíritu del niño.

Otros indígenas niegan esta razón, que les parece sumamente extraña, y sostienen que las ceremonias del baño tienen por finalidad exclusiva blanquear la piel de las mujeres, haciéndolas más bellas. Igualmente, el manto del embarazo tiene por misión preservar el cuerpo de la acción de los rayos solares, a la cual atribuyen estos salvajes el color negro de su piel.

Después del primer parto, las ceremonias no son tan rigurosamente observadas, ya que los embarazos siguientes, según estas gentes creen, no encierran tantos peligros para la madre.

No obstante, las ceremonias ejecutadas con el fin de blanquear el cuerpo se asocian con otras prácticas higiénicas relacionadas con la alimentación. La prohibición de comer ciertos manjares se relaciona con las propiedades buenas o malas que a éstos se les atribuye. Las golosinas hechas a base de frutas y harinas no deben comerse, porque el niño nacería con un gran vientre lleno de excrementos que le producirían la muerte al poco tiempo. No debe comer tampoco los pescados que son muy difíciles de coger, como los que viven entre los arrecifes de coral, porque creen que entonces le sería a la mujer tan difícil sacar al niño de su vientre, como a los pescadores extraer a estos peces de los lugares donde se esconden. Otros pescados que son peligrosos para los pescadores son también tabú para la mujer encinta, ya que si los comiera, el niño tendría mal carácter y lloraría constantemente. Tampoco debe tener relaciones sexuales, porque «el pene podría matar al niño». Este tabú se observa con el mayor rigor.

El parto debe verificarse en la casa del padre o de un tío carnal de la embarazada, porque estos parientes son los que tienen más autoridad sobre ella. Esta costumbre se basa en el temor que tienen los indígenas a los peligros que constantemente amenazan a las parturientas, entre los que se considera como el más grave la inercia del útero, que se atribuye a las influencias de los malos espíritus.

Cuando se presentan los primeros síntomas del parto, los hombres de la familia de la mujer y del marido rodean la casa donde va a dar a luz, armados de lanzas y otras armas, encendiendo por la noche grandes hogueras. Así es como defienden a la parturienta de los hechiceros y espíritus malignos que rondan la casa, así como de las aves nocturnas que se consideran de mal agüero. Para esta vigilancia son preferidos los parientes de la mujer, ya que el marido no inspira gran confianza en tales casos.

Acerca del parto, el doctor Malinowski dice lo siguiente en su obra citada : «Cuando el momento del parto se aproxima, se prepara convenientemente la casa. El padre y todos sus habitantes varones deben salir de ella, y son reemplazados por algunas parientas, que vienen a asistir a la madre. Cuando la mujer siente los primeros dolores, se pone en cuclillas sobre una yacija elevada, bajo la cual arde un fuego moderado. Esto tiene por objeto «hacer líquida su sangre», «hacer correr la sangre». En el momento crítico, la parturienta y las mujeres que la asisten pueden retirarse al bosque, donde, a veces, puede efectuarse el parto, pero la mayoría de las veces se quedan en la casa.»

Refiere el autor que, con relación al parto propiamente dicho, sólo le fué posible obtener los siguientes informes : «La mujer se sienta sobre una estera colocada en el suelo, separadas las piernas y levantadas las rodillas. Echada hacia atrás, apoyándose en las manos, colocadas en el suelo a sus espaldas, todo su peso recae sobre sus brazos. Tras ella se halla su hermana o alguna otra parienta materna cercana, que se apoya con fuerza sobre los hombros de la parturienta, sacudiéndolos y hasta golpeándolos. Los indígenas dicen : «Esta mujer ejerce sobre la parturienta una presión, que hace salir rápidamente al niño.» La madre de la parturienta se halla preparada para recibir al niño. Algunas veces, se agarra a las rodillas de su hija. Colocada adecuadamente, hay una

esterilla, en la que se recibirá al recién nacido. Según me dijeron, se deja siempre que el niño salga mediante los esfuerzos naturales, sin ejercer la menor intervención o manipulación. «El niño cae sobre la esterilla; allí queda, y de allí lo recogemos. No lo tocamos antes.» La parturienta debe procurar acelerar el proceso conteniendo la respiración, ejerciendo así cierta presión sobre el abdomen.»

Algunas veces, como ocurre también entre las civilizadas, el parto se presenta difícil, en cuyo caso se achaca la culpa a los espíritus malignos, que indudablemente pretenden que la criatura no nazca. Entonces se toman las hojas de una planta que tiene propiedades curativas y mágicas y se las aplasta a puñetazos sobre la cabeza de la embarazada. Si a pesar de ello el parto se efectúa, es cuando se deciden a «operar» a la parturienta valiéndose de manipulaciones torpes e ineficaces.

Para la extracción de la placenta acostumbran a atar una piedra de regular peso al extremo del cordón umbilical, y poniendo a la mujer en pie hacen que balancee el cuerpo hasta que se verifica la expulsión. Si no lo consiguen por tal procedimiento, no conocen ningún otro recurso más valioso, por lo que la mujer queda abandonada a su suerte.

Una vez llegado el niño al mundo, madre e hijo permanecen durante un mes en una alta plataforma, bajo la cual arde un fuego moderado a base de maderas no muy secas, con el fin de que se produzca un humo tenue. Esta costumbre tiene por objeto preservar al niño de los efectos de la magia maligna, ya que todo lo existente parece haberse conjurado contra la criatura. Además, se cree que lo mismo el calor que el humo tienen determinadas virtudes medicinales. Al cabo de ese tiempo, la madre sale a pasear con su hijo por la aldea, recibiendo entonces pequeños regalos de sus convecinos. Al final de este paseo, las mujeres de la familia materna fingen que la conducen a su casa a viva fuerza, y allí deberá permanecer encerrada otro mes.

En todo este tiempo le está prohibido hablar con su marido viéndose los rostros; sólo pueden hacerlo con un tabique de por medio. Ni deben comer ni dormir juntos, y hasta que el niño no empiece a andar los esposos se cuidarán muy mucho de no permitirse la menor licencia erótica. Malinowski dice que todavía existe una regla mucho más rigurosa, puesto que prescribe la abstención del coito hasta el destete del niño, o sea durante dos años, costumbre que se observa entre los hombres que tienen varias mujeres. Es creencia que si se viola esta regla, el niño muere a los pocos días de haberse cometido la infracción.

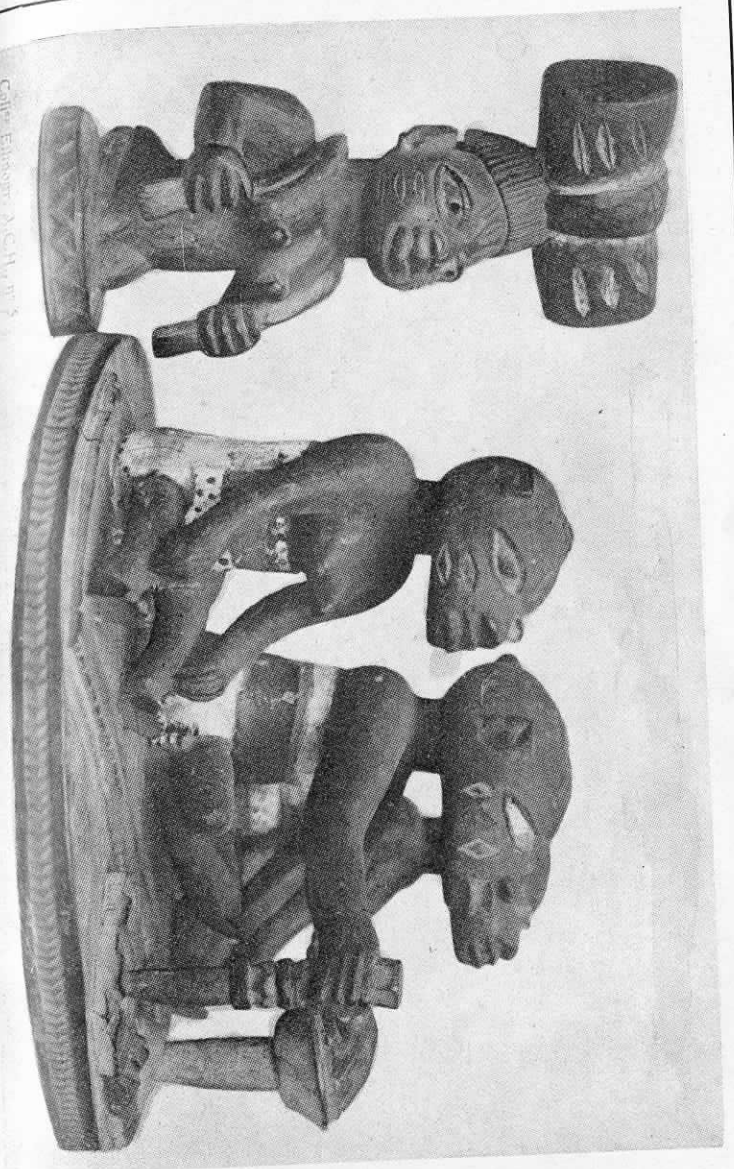
Al niño se le hace objeto de los mayores cuidados, especialmente en lo que se refiere a la alimentación. Además de la leche materna, la madre o una mujer de su parentela materna le administran una papilla cocida y masticada. Al año come pescado mascado y algunos frutos farináceos.

A esta edad, la cabeza de la criatura es embadurnada durante algunos meses con una mezcla de aceite y carbón que tiene por objeto «hacerle la cabeza fuerte», como ellos dicen.

Desde los primeros momentos de su llegada al mundo, el niño es bañado en agua caliente, que sirve después a la madre para lavarse la piel. Para ello se utiliza un recipiente de madera, en el cual se echa el agua fría y después se van introduciendo piedras calentadas al fuego, hasta que el líquido adquiere la temperatura deseada. Más bien que cuidado higiénico, podemos decir que es estético, puesto que lo que se pretende es blanquear la piel de la madre y conservar la blancura del cuerpo del niño, que, como es natural, no tarda mucho en ser tan negro como sus progenitores.

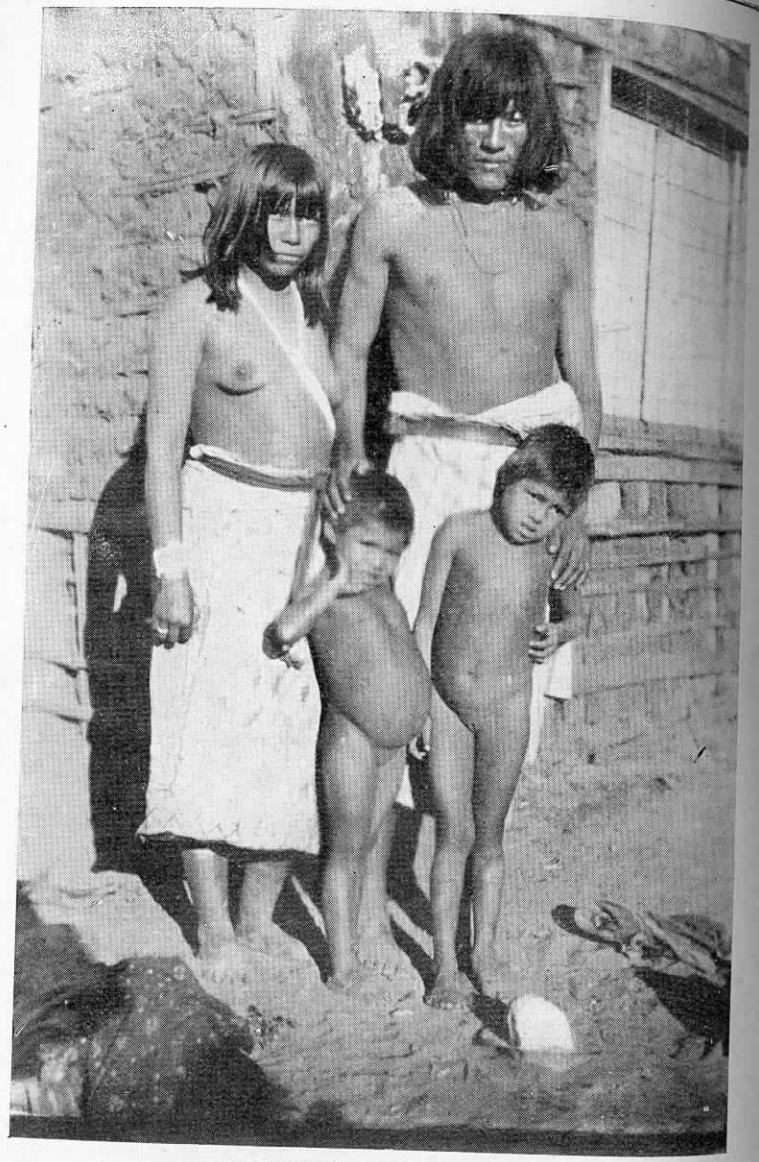
El destete del niño se efectúa cuando el niño pronuncia las palabras «bakam», «bamom», que quieren decir «quiero comer, quiero beber". A partir de entonces deja de dormir con la madre, y lo hace con el padre o la abuela paterna, la cual permite al nieto que practique succiones estériles. Si es el padre el encargado de esta cuestión, procura contentar a la criatura dándole a beber leche de coco.

Tales son las costumbres de estos pueblos en los que la maternidad es el máximo honor de una mujer o de un matrimonio. Tan importantísimo es este aspecto de la vida de esos pueblos salvajes, que sólo así pueden comprenderse los excesivos cuidados y ceremonias que acompañan a la procreación, actos que se ejecutan, esto no obstante, por costumbre, ya que ni los mismos que lo practican acaban de explicarse las razones de tales ceremonias.



IDOLOS DEL DAHOMEY

Estas figuras son imágenes adoradas por los dahomeyanos, los que invocan de ellas la protección necesaria para salir airosos en sus empresas eróticas.



INDIGENAS BOLIVIANOS

Estas gentes creen ciegamente que en la otra vida existen placeres sexuales que no pueden experimentarse en esta, cuando la lujuria se apodera del individuo.

LAMINA VIII

LA MAGIA EROTICA

Los dolores y los placeres de la vida.—Los sacrificios humanos en Tahití.—El canibalismo. Magia y libertinaje.—La erótica como religión. La luna y el amor.—La prueba de la sangre. Los hechiceros australianos.—La magia de la impotencia.—Las extraordinarias hazañas del dios Dhuramoolan.—La comunión de la sangre.—El culto de los restos humanos.—El faquirismo erótico.—La magia erótica en otros pueblos.

No es sólo la procreación la parte de la vida sexual que más interesa a los pueblos primitivos que, siendo naturalmente ricos y vigorosos, están en las mejores condiciones para poder aumentar el número de habitantes de sus tribus; también el lado exclusivamente erótico merece gran atención, porque entre estas gentes es general la máxima de que todos los placeres son pocos cuando los dolores son muchos, y aquellos deleites que pueden obtenerse naturalmente y en justa armonía con los intereses de la raza, tienen que representar una gran parte de la vida individual, cuando no social, pues ésa es la trascendencia que la erótica alcanza entre muchos pueblos salvajes.

Como veremos en otros volúmenes (1), la sexualidad, especialmente en su aspecto erótico, ha sido una fuente inagotable de supersticiones y creencias de expresiones múltiples, empezando por los mitos antiguos y terminando por ciertas costumbres fuertemente arraigadas en el ánimo de los pueblos civilidados contemporáneos.

Si la civilización ha destruído muchos de esas creencias a la par que el progreso científico iba enseñoreándose en el terreno de la incultura, en aquellos pueblos que aún permanecen en un estado de atraso próximo a sus edades más primitivas, subsisten esas

(1) Véanse los volúmenes del XLIX al LII, ambos inclusive, de esta colección.

ideas mágicas o animísticas con la misma intensidad que se observaron hace miles de años por sus propios historiadores.

Ya hemos visto en capítulos anteriores que las ceremonias y costumbres relacionadas con el acto sexual en sí y con sus consecuencias naturales, como el embarazo y el parto, constituyen algo esencial en la vida de muchos salvajes. Todos estos actos están revestidos de mayor o menor solemnidad, según sea la capacidad económica de esos pueblos, sin olvidar que hay muchos que, desde los tiempos más remotos, vienen practicando un control natalista, pero sin que ello influya para nada en la erótica, de cuyas prácticas nadie se priva, y, muy por el contrario, se llevan a grados de refinamientos que podrían sorprender a los hombres de los países civilizados, como tendremos ocasión de ver en el volumen próximo.

La falta de métodos científicos para impedir, por ejemplo, el embarazo, o, de otra forma, para aumentar la intensidad de los placeres naturales, se sustituye por fórmulas mágicas, conjuros, prácticas, etc., en las cuales, justo es decirlo, entra más la sugestión que los verdaderos efectos de tan extraños métodos, que sirven para modificar por entero la naturaleza normal de un salvaje, resultarían completamente ineficaces para un civilizado, que difícilmente podría desprenderse de su natural escepticismo.

Estas creencias, lo mismo que las tradiciones más fundamentales y puras, van trasmitiéndose de generación en generación, no sólo en lo que se refiere a la práctica individual, sino de una manera general y colectiva.

Estudiando con detenimiento estos ritos y ceremonias de la magia erótica, que en algunos pueblos es tanto como lo sea entre nosotros una religión, no puede por menos de dudarse si es más esencial perpetuar la raza en la forma que prescribían los antiguos ascetas, o, en realidad, la procreación no debe pasar de ser una consecuencia más o menos natural de la erótica, a la que se supeditan todos los intereses de la Humanidad. Si se piensa que las perversiones sexuales, o, por mejor decir, el "hipererotismo", es una consecuencia de la civilización moderna, estaríamos en un error, ateniéndonos a las manifestaciones de la vida sexual de los salvajes, que, en este punto, no reparan en medios con tal de conseguir sus fines. La única diferencia está en que mientras los civilizados consideramos antinaturales esos procedimientos, los salvajes se apoyan en la magia para ponerlos en práctica, o, de otra forma, dejan de tener una finalidad exclusivamente erótica para convertirse en ritos

mágicos, por los que se pretende lograr la felicidad terrena, la procreación, la salud o el porvenir de los hijos, la inmunidad contra las enfermedades, contra la impotencia, la esterilidad, etc.

Las tradiciones morales de los civilizados, basadas en el ideal ascético, se oponen al predominio de la erótica en las funciones de la vida sexual, y, al contrario, la condenan como pecados graves. El sexo no puede relacionarse con nada digno de la existencia espiritual, según nuestra cultura; en cambio, para los salvajes, cuando de esas cuestiones no se hace una religión, se las convierte en ritos halagadores de las divinidades secundarias, cuya iracundia sólo puede aplacarse mediante sacrificios y ofrendas, que tienen lugar generalmente en el escenario en verdaderas orgías eróticas.

En las islas de Fidji, los esfuerzos del cristianismo han resultado poco menos que estériles en el deseo de desarraigar las bárbaras costumbres primitivas, que forman parte del alma de esas gentes. No obstante, en los poblados donde más influencia ejercen las misiones, esos habitantes han desaparecido; pero en el interior, especialmente en las regiones montañosas, no hace mucho tiempo se descubrió una secta que conservaba las viejas tradiciones de los sacrificios humanos de carácter mágico para conjurar la impotencia de los hombres y la frigidez de las mujeres.

El canibalismo iba asociado frecuentemente a las prácticas de la hechicería. La frigidez de las mujeres de los jefes se combatía haciéndolas ingerir ciertas partes de los órganos genitales de las jóvenes núbiles, las cuales eran sacrificadas con este fin en medio de grandes ceremonias. A muchas se les perdonaba la vida; pero, en cambio, se les cortaba las ninfas, el clítoris y los pechos, que eran devorados por las decadentes cuando aún estaban sangrantes tales despojos.

El sacrificio tenía lugar en la piedra sagrada, que no faltaba en ninguno de aquellos poblados. Dos días antes de la ceremonia, los magos recorrían las viviendas de los indígenas, haciendo acopio de los alimentos y objetos de adorno para engalanar la plaza donde se levantaba la piedra de los sacrificios. Estos festivales empezaban quemándose hierbas aromáticas y otras, que tenían la virtud de ahuyentar a los malos espíritus con el olor repugnante que producía su combustión.

Intervenían varios hechiceros, conjuradores de los espíritus buenos y malos: los primeros, a los que se atribuían figuras gratas y simpáticas, tenían la virtud de demostrar su agradecimiento por los

sacrificios, haciendo que luciese la luna, que el tiempo fuera bueno y reinase la calma; los segundos eran invocados para destruirlos por medio del fuego que se encendía en torno a la piedra de los sacrificios cuando éstos habían sido consumados. Se suponía que los malos espíritus rondaban a la virgen sacrificada para impedir su muerte, o bien para evitar que se accidentase a consecuencia de la terrible mutilación, cuando la muerte no era precisa. Entonces los hechiceros esgrimían estacas y antorchas de grandes llamas, con las cuales simulaban apalear a los feroces demonios.

Entre tanto, las gentes de la tribu entonaban cánticos, compuestos por los hechiceros, en los que se insultaba a los espíritus malos, y se bendecía a los buenos, suplicándoles que, con su poder, conjurasen el de los demonios. La ceremonia solía durar toda la noche, y en este tiempo, la mujer que había de beneficiarse con tales ritos permanecía tumbada de espaldas y mirando en su torno para avisar a los hechiceros cuando algún espíritu maligno tratase de aproximarse a ella, o bien para señalar la presencia de los buenos.

Cuando la magia tiene por objeto remediar la mala situación sexual de un hombre, se prescinde de los sacrificios humanos, y se inmola un macho cabrío. El acto tiene lugar en la piedra de los sacrificios y la ceremonia es idéntica a la que se celebra con las mujeres.

Generalmente son viejos impotentes los que tratan de aumentar su decadente poder viril. Después de bien atado el macho cabrío, se le cortan los testículos, los cuales son machacados en una especie de mortero, donde se maceran las raíces de una planta parecida a la hierbaluisa. Los cánticos no cesan en toda la noche. Es condición precisa que el animal no muera a consecuencia de la mutilación, para lo cual los hechiceros alejan a los espíritus de la muerte, valiéndose de machos cabríos furiosos que dejan en libertad, excitándolos por medio de antorchas, en una especie de recinto construído con troncos de árbol, en cuyo centre se levanta el altar de los sacrificios.

El anciano debe comer la mezcla hecha en el mortero, retirándose poco después a su cabaña en unión de la más joven de sus esposas. Esta ceremonia puede repetirse tantas veces como el impotente pueda sufragar los gastos del acto.

En el archipiélago de la Sociedad, la magia estaba antiguamente relacionada con el libertinaje. Hace algunos años se disolvió definitivamente una asociación interinsular denominada *Aroeis*, cuyos

miembros creían en la inmortalidad del alma y en la existencia de una región celestial, en la que todos los hombres vivían felices conservando su vigor y lozanía.

Para que todo esto sucediera, era necesario morir en edad propicia, es decir, cuando realmente fuese mayor el vigor del individuo y más feliz se encontrase en la tierra.

Los sacerdotes de la secta, lejos de predicar la excelencia de las virtudes, proclamaban los beneficios que reportan el libertinaje y los vicios, ya que la licencia más desenfrenada era el camino único para alcanzar el paraíso de todos los placeres. El capitán Cook dice que, cuando él visitó estas islas, había numerosos sacerdotes que constantemente recorrían el país predicando tan extraña religión, siendo recibidos en todas partes con grandes muestras de júbilo.

La máxima felicidad terrenal estribaba en el disfrute de los más intensos placeres sexuales, sea por los medios que fuere. Ni el adulterio ni el incesto significaban nada para la moral de estas gentes, ya que la primordial orientación de su vida consistía en la conquista de todos los deleites.

Naturalmente, los magos y hechiceros de ambos sexos eran las autoridades supremas de esta religión bárbara y primitiva. Conocían numerosas fórmulas para excitar los sentidos, y eran los encargados de preparar los brevajes y panaceas adecuadas a cada caso. Había magos especializados en el conjuro de los espíritus de la esterilidad, porque ella convenía a las mujeres que deseaban conservarse frescas y jóvenes. Las invocaciones tenían lugar en medio de ruidosas orgías, en las que tomaban parte todas las personas de la tribu. Los sacerdotes invocaban a los espíritus, los cuales insistían en que, para vivir felices en el paraíso prometido, era necesario que no existieran ni débiles ni ancianos. Al efecto, señalaban a aquellos que no podían vivir en las regiones paradisíacas, ancianos, débiles y enfermos crónicos, los cuales eran sacrificados. Estos verdaderos asesinatos se estuvieron cometiendo hasta que llegaron los europeos. Algunas veces, hombres jóvenes y sanos se suicidaban en su deseo de entrar por las puertas de la otra vida en la plenitud de sus facultades.

Cuando se registraba una muerte de esta naturaleza, se celebraban grandes ceremonias en honor del espíritu del muerto, y no era raro que imitasen su conducta con otros hombres que creían ciegamente en la continuación de su vida de placeres de una manera eterna.

El vicio era tanto como una religión, por no decir que constituía la única religión verdadera de estos salvajes. El desenfreno erótico llegaba a extremos tales que todas las perversiones que registra la clínica moderna eran de sobra conocidas por aquellas gentes, que hacían del placer el único motivo de su existencia.

En las ceremonias mágicas se adoraban representaciones de los órganos genitales masculinos y femeninos, entonándose los cánticos más obscenos y repugnantes. Según refirió un anciano a un explorador, las ceremonias tenían lugar de una manera solemne, sin que interviniera el menor elemento humorístico. Los sacerdotes, por lo general, hacían vida ascética, por lo que puede decirse que, indudablemente, no predicaban con el ejemplo, hecho muy común en los propagandistas de todas las religiones. Las yacijas en que habitaban estos personajes, eran una mezcla de templo y de laboratorio, en el que se preparaban toda clase de recetas y fórmulas mágicas. El siniestro buho, tan conocido de los brujos medievales como hoy es el gato negro para las echadoras de cartas, era el compañero inseparable del sacerdote de los *Aroeis*. Estos animales nocturnos eran objeto de adoración, por tratarse de imágenes sagradas, encarnación de los poderes sobrenaturales. Estos animales podían penetrar en las chozas de los indígenas a procurarse los alimentos que se le preparaban al efecto, y su presencia era siempre acogida como una señal de buen augurio. Cuando moría algún buho, su cadáver era reducido a una pasta que los magos expendían a alto precio a los indígenas de los poblados inmediatos, ya que las virtudes mágicas de estos restos no tenían influencia entre los convecinos del sacerdote.

Cuando algún indígena varón se sentía débil en sus fuerzas genitales, el mago le prescribía un tratamiento a base de oraciones. Se creía que los malos espíritus se habían metido en el cuerpo del impotente, por lo que no había más remedio que expulsarle por medio de la flagelación con ortigas; esto es, la urticación, tan conocida en otros pueblos salvajes para remediar la impotencia. Esta operación había de ser realizada por los magos, los cuales cultivaban estas hierbas en terrenos situados en las inmediaciones de sus viviendas.

Entre los papuas de Nueva Guinea, la religión se reduce al culto de los espíritus. Los matrimonios no pueden efectuarse durante el plenilunio, por creerse que la luz es incompatible con el amor. Por otra parte, se cree también en las influencia magnéticas de los astros, a los cuales consultan los brujos cuando se va a celebrar un

matrimonio, o las ceremonias de iniciación sexual. Si los astros responden en sentido negativo, los futuros esposos quedan en libertad de celebrar el matrimonio o aplazarlo para mejor ocasión, si bien se exponen a que su vida sexual carezca de encantos, por lo que sería de temer el adulterio.

No obstante, como los magos todo lo arreglan, la autorización depende del número de cabezas de ganado, telas, frutos o granos que los novios puedan entregar a este personaje, el cual se compromete a conjurar a los espíritus malignos para darles instrucciones respecto de aquella pareja, que naturalmente aspira a vivir feliz. Si los amantes están dispuestos a pagar los servicios del hechicero, éste organiza la ceremonia del enlace y la de la invocación mágica realizando diversos actos, que consisten en sacrificar a varios pichones y en encender hogueras en varios puntos de las inmediaciones, ante las cuales deben bailar los contrayentes, dando fuertes patadas en el suelo, que tienen la virtud de aplastar a los espíritus malignos. Dichos espíritus no mueren hasta que el fuego de las hogueras no se ha extinguido totalmente, pero sin dejar de bailar ni ante una sola de éstas. Si durante la ceremonia lloviera y las fogatas se apagasen, ello indicaría que todos los peligros habían sido conjurados felizmente. Si, por el contrario, se apagase alguna hoguera antes de haber bailado ante ella, sería necesario empezar la fiesta de nuevo, con los correspondientes gastos de los nuevos sacrificios de pichones, animales que no abundan demasiado en aquellas tribus.

La sangre de los pichones se emplea para embadurnar el cuerpo de la novia, a la cual inicia el mago prácticamente en los misterios del amor conyugal. Cuando la sangre está seca, el brujo pronuncia diversas fórmulas mágicas, y si a consecuencia de tal conjuro la sangre se tornase líquida, desprendiéndose del cuerpo de la muchacha, ello quiere decir que debe renunciar al matrimonio, no porque hubiera de resultar frígida, sino precisamente por todo lo contrario: porque la liquefacción significaría que la joven era demasiado ardiente para contentarse con las caricias de un solo hombre, necesitando, por lo tanto, recurrir al adulterio.

Esta prueba mágica se realiza en muchas partes de Oceanía; también es conocida por algunos indígenas sudamericanos, y en Africa es practicada por los ashantis de la Costa de Marfil.

La superstición y la incultura son aliadas frecuentes, aun entre las gentes de los pueblos civilizados. Los australianos, que son los salvajes de costumbres más primitivas que se conocen, supeditan a

la magia y la hechicería todas las actividades de su vida. No hacen nada sin consultar con los magos, de los que solicitan la autorización para todos sus actos: para el matrimonio, para la guerra, para las faenas agrícolas, y, en fin, para todo.

Mr. Howitt, un célebre explorador inglés, ha hecho una descripción notable de los *doctores* australianos, o hechiceros, tan comunes en todo el país. En una gran parte de Australia son llamados *blackfellow-doctor* todos aquellos que se dedican a poner en aparente actividad los poderes sobrenaturales, no sólo curando enfermos, sino practicando las artes mágicas. Hay también profetas o *mediums*, y poetas que emplean sus facultades en sortilegios. Todos los indígenas creen que los hechiceros están dotados de la facultad de volar por el aire, o de ser llevados por los espíritus de un lugar a otro, y aun desde la tierra al cielo.

El citado explorador ha recogido numerosos relatos de los naturales referentes a esta facultad de los encantadores; y no se sorprenderá el lector al saber que estas misteriosas expediciones aéreas suelen tener lugar en sitios obscuros, donde es muy difícil distinguir los objetos, y que la vuelta de los hechiceros suele verificarse por los árboles, desde donde se les siente descender y saltar a tierra. Pero tan sospechosas circunstancias no influyen desfavorablemente en la inquebrantable fe de los indígenas por los doctores, que, aparte el poder sobrenatural de desaparecer accidentalmente le la tierra, tienen la extraordinaria facultad de arrojar invisiblemente piedras a sus enemigos.

Los proyectiles empleados para este objeto son pedazos de cuarzo, o cristal de roca, de que los hechiceros llevan siempre consigo una buena provisión. Todas las piedras brillantes y transparentes son amuletos sagrados, que sólo el *doctor* puede tocar e investigar.

Se cree que estos privilegiados individuos tienen en el estómago una piedra o un hueso, de los cuales pueden transmitir secretamente pedacitos a las venas de aquellos sobre quienes ejercen sus maleficios; la cura de las enfermedades consiste precisamente en la extracción de tales cuerpos extraños. Las varitas mágicas son construídas de ramas de acacia, singularmente de las que tienen muchos nudos, a las que llaman *plongge*. Cuando el doctor toca con su varita el pecho de un hombre dormido, éste cae enfermo; y cuando algún indígena se siente molestado por un enemigo, procura la muerte o la desgracia de éste de acuerdo con el hechicero, para lo cual le lleva al doctor algo de la pertenencia de aquél, especialmente un poco de

cabello, si ha podido obtenerlo, o el resto de algún manjar que haya comido, con los cuales se supone que el hechicero puede obrar maléficamente sobre la infortunada víctima. Esta es la razón por la cual los negros de aquel país suelen quemar los restos de sus comidas y festines, como medida de precaución.

La impotencia natural de la edad senil es irremediable para estos salvajes, por lo que no se preocupan de remediarla. No obstante, cuando un hombre siente deseos hacia una mujer, aunque sea anciano, busca la ciencia de los magos para sus males, porque se cree que mientras el corazón es joven, el sexo debe permanecer a tono con los deseos del espíritu.

En estos casos, el hechicero reconoce minuciosamente al viejo para buscar el sitio donde se oculta la piedrecita blanca que causa la impotencia física. Después de ejecutar diversas manipulaciones en los genitales, el *doctor* practica una incisión en la espalda del paciente, de donde extrae la piedra blanca, que no es mayor que un picón mondado, y que, por lo general, tiene esta forma. Extraída la piedrecita—que hay que suponer que el hechicero tenía en la mano—, el anciano debe llevarla colgada al cuello juntamente con otros amuletos facilitados por el mago. En estos amuletos, que son de piedra, madera o hueso, hay dibujados ciertos signos que tienen diversas propiedades mágicas. Si al cabo de tres lunas el anciano no recobra su vigor viril, ello obedecerá a que los espíritus se niegan a concederle ese don. Si, a pesar de todo, insiste en sus pretensiones de amor, el hechicero le administra ciertos brevajes a base de hierbas y moscas machacadas, que tiene la propiedad de excitar los órganos sexuales. Un explorador dice que tales insectos son unas moscas parecidas a las de Milán, o sean las cantáridas. No obstante, el hechicero declina toda responsabilidad de lo que pudiera ocurrir al obstinado, y que en muchas ocasiones se traduce por la muerte.

En la tribu de los *kurnai* es preciso que el hombre esté dormido para que puedan operar los hechiceros. Para provocar el sueño se valen de hierbas narcóticas. Cuando se comprueba que el paciente está bien dormido, el mago recita varios versículos mágicos mientras frota el pene del impotente con hiel de vaca y granos de mostaza. Esto produce erecciones muy duraderas. Entonces el hechicero despierta al narcotizado y le entrega una muchacha para que realice el coito con ella.

Ni él ni la joven deben pronunciar una sola palabra durante el

acto, porque entonces quedaría roto el encanto. Cada vez que se sienten deseos eróticos y los órganos no responden, es necesaria la intervención del mago que realiza siempre las mismas operaciones.

Entre los indígenas de Nueva Gales del Sur existen numerosas supersticiones relacionadas con la vida sexual. Mr. Mathews, refiere la siguiente leyenda: "Hace mucho tiempo había un ser poderoso y gigantesco, algo entre sobrenatural y humano, llamado Dhuramoolan y perteneciente a los súbditos de Baima. Su voz, parecida al lejano retumbar del trueno, era terrible e imponente. Cuando los muchachos de las tribus llegaban a cierta edad, sus padres les entregaban a este dios para que les llevara al interior del bosque y les instruyera en todas las leyes, tradiciones y costumbres de la comunidad; los enseñara a ocupar su puesto en las reuniones populares y les impusiera en los deberes y obligaciones que pesaban sobre ellos como individuos de la tribu. Dhuramoolan mataba siempre a estos muchachos, los cortaba en trozos y los quemaba para dejarlos reducidos a cenizas; luego restauraba la forma humana de sus cuerpos, considerándose así como nuevos seres, mejorados en la transformación. Pero no todos los niños volvían a la tribu, porque en cada ceremonia de iniciación algunos de los jóvenes candidatos morían sin salir del bosque, y Dhuramoolan decía que habían muerto por causas naturales, mas Baima, intranquilo por sus compañeros, que tuvieron miedo de hablar, pero obligados por Baima, dijeron que los niños que faltaban se los había comido el terrible Dhuramoolan, y que no era cierto que los sobrevivientes hubieran sido quemados ni resucitados después a nueva y más perfecta vida. Baima, al escuchar esto, tuvo un gran acceso de cólera y mató a Dhuramoolan; pero éste, antes de morir, dejó su espantosa voz en los árboles del bosque, diciendo que no los abandonaría jamás, e hizo un látigo (látigo con que son azotadas las mujeres en las ceremonias), desgajando uno de los árboles, en el cual reside habitualmente la voz. Baima entonces estableció que todos los jefes de la tribu iniciaran por sí mismos a los jóvenes, usando en la iniciación el látigo para representar la voz de Dhuramoolan. Las mujeres no llegaron a enterarse de la muerte del dios ni de los males que había causado; y así continúan creyendo que Dhuramoolan se lleva a los muchachos al bosque, los quema y los vuelve otra vez a la vida."

Actualmente, los magos y hechiceros son considerados como sacerdotes del culto al dios Dhuramoolan, el cual no tiene más jurisdicción que en aquello que se refiere al aspecto sexual de la vida.

Todos los enamorados invocan a esta divinidad y se auxilian de la ciencia de los magos para obtener el éxito en sus empresas amorosas. Uno de los ritos más famosos, que por cierto se encuentran en la magia amorosa de muchos países, consiste en la comunión de la sangre. Las ceremonias de iniciación sexual y de galanteo, se realizan por medio de ejercicios violentos, en los que toman parte los individuos de ambos sexos. Una imitación de madera del terrible Dhuramoolan preside la fiesta, que se celebra en la plaza central del poblado, a veces reuniéndose varias tribus.

El muchacho que pretende a una joven tiene que herirla en la espalda de forma que ella no pueda saber quién ha sido el autor del atentado. Además de herirla, tiene que manchar una prenda cualquiera con la sangre de la muchacha, ocultándola rápidamente en el bolsín que cubre los órganos genitales, y que es poco mayor que un suspensorio.

Durante toda la fiesta el muchacho deberá guardar la prenda ensangrentada como una preciada reliquia. La joven que ha sido herida una vez, no podrá serlo ya por otro joven.

Al día siguiente, cada muchacho acude a los templos de Dhuramoolan para ofrendarle alimentos, cuentas de vidrio, telas y cuantos objetos puedan tener algún valor, los cuales recogen los sacerdotes utilizándolos, como es natural, en su provecho particular.

A continuación, los hechiceros practican una incisión en el brazo derecho de los iniciados, y cuando brota la sangre aplican a la herida la prenda manchada con la sangre de la joven, a fin de que se mezclen ambas sangres. Esta es la comunión de la sangre, bastando el testimonio del mago para que la muchacha acceda a las pretensiones amorosas del galán, que, desde entonces, se considerará como su "esposo de sangre".

Puede ser que a ella no le satisfaga la determinación del mago, en cuyo caso podrá quedar en libertad de elegir un nuevo compañero, siempre que sus padres abonen al hechicero una cantidad en dinero o en especies. Esto ocurre muy raras veces, y sólo cuando la posición social de ella es superior a la del galanteador.

Entre los *dayaks* de Borneo se rinde culto acendrado a los cráneos humanos, y, en general, a todos los huesos de los antepasados. En los tiempos en que existía el canibalismo, los vencedores se comían el corazón de los vencidos, fuesen muertos o prisioneros, con el fin de asimilarse las dotes de valor y resistencia de los ene-

migos. Lo mismo que se hacía con dicha víscera, se realizaba con los órganos genitales de los enemigos más vigorosos. Los magos eran los encargados de practicar estas mutilaciones y de preparar tan codiciados "manjares", los cuales conservaban a disposición ancianos, cuya raza quería perpetuarse indefinidamente.

En algunos pueblos de la India se practica la magia erótica de muy diversas formas. No bastaban a estas gentes las prescripciones dictadas por los teólogos y tratadistas del amor, cuyas máximas tienen un valor indudable, sino que recurren a las artes de la hechicería y a los sortilegios de todo género, con tal de asegurarse la felicidad, que estriba, principalmente, en las prácticas eróticas.

Por lo general, son los faquires los personajes encargados de realizar los sortilegios e invocaciones a los dioses de la erótica, y sus procedimientos son muy variados; unas veces se valen de la fascinación o la sugestión, es decir, del hipnotismo, y otras se ayudan del empleo de filtros amorosos a base de hierbas y productos minerales, en cuya preparación son muy expertos.

Entre los *bhiles*, pueblo que se ha resistido siempre a las influencias de la civilización occidental, los hombres gozan de gran potencia genésica. Los faquires procedentes de esta tribu son muy solicitados en toda la India por los grandes señores que poseen muchas mujeres en sus serrallos. El encantamiento de los débiles sexuales se verifica en privado y preferiblemente en las habitaciones más escondidas de la casa. Se cree en el poder de los malos espíritus a los que se conjura para destruirlos por medio de ceremonias complicadísimas. El misterio que rodea a estos actos y el secreto que procuran conservar lo mismo los faquires que sus clientes, hace punto menos que imposible una investigación seria y minuciosa de tales métodos.

Pero, a pesar de todo, y aunque la ciencia moderna mire con verdadero escepticismo e incredulidad la función de estos individuos, a los que no siempre puede llamárseles farsantes, es lo cierto que las recetas de los hechiceros, magos, encantadores y toda esa legión inmensa de brujos que tanto abundan en la India, son casi siempre eficaces, obrando curaciones milagrosas.

La magia de la "piedra verde"—que es el color simbólico de las pasiones eróticas—, se realiza, por lo general, valiéndose de una esmeralda legítima, y si no hay medios de procurarse la joya, se sustituye con una piedra labrada de jade. Si se trata de un hombre que, habiendo agotado todos los procedimientos de galanteo,

persista en su actitud acerca de una esquiva mujer, el faquir procurará devolverle la tranquilidad perdida, o haciéndole renunciar a su empresa, o bien sometiendo a sus deseos a la muchacha. Para ello se valen de la piedra mágica, en cuyos destellos leen los designios de los espíritus. Seguramente, por medio del hipnotismo, el mago hace que su consultante vea en la piedra aquello que más conviene. Si advierte que su pretendida le sonríe con un gesto pícaro, ello prueba que ha ganado la partida y que no tiene que hacer otra cosa más que insistir hasta vencer aquella virtud. Si, por el contrario, ve en la piedra que la joven le vuelve la espalda, puede darse por desengañado. No obstante, se puede recurrir, en último extremo, a los filtros mágicos del amor, que el mismo hechicero administrará a la muchacha, siempre que su pretendiente lo pague bien.

Estas fórmulas tienen la propiedad de producir sueños voluptuosos a la muchacha, la cual adquiere la convicción de que no hay otro hombre más que aquél capaz de labrar la felicidad de su vida. El hechicero procura enterarse de los efectos de la droga, y cuando comprueba que éstos han sido favorables, para lo que recurre a las artes de la adivinación, indica al galán el camino que debe seguir y la forma de acercarse a la muchacha, que estará anhelosa de recibir sus caricias.

Los *hovas* de Madagascar profesan la idolatría y el culto de los antepasados. Uno de los fetiches más populares es *Kelimalaza,* el dios tutelar de la sexualidad, el cual se conserva cerrado en una caja y que contesta a cuantas preguntas se le dirigen.

Como ya hemos dicho en otro volumen, la virginidad de la mujer es un estado deshonroso y ningún hombre, como no sean los hechiceros, desfloraría a una mujer por muy bien que se le pagase. Esta función corre a cargo de los magos curanderos, los cuales dirigen antes ciertas invocaciones al dios, para que la desfloración se efectúe normalmente y no surjan consecuencias lamentables, como sería el vaginismo, trastorno que se atribuye a las influencias de los malos espíritus.

Entre estas gentes importa la procreación mucho menos que la erótica, y a veces se practica el aborto por medio de ceremonias, en las que los hechiceros realizan ciertas manipulaciones en el interior de las vías genitales.

Las mujeres solteras son muy licenciosas en sus costumbres, no considerándose deshonroso que se entreguen a cuantos hombres quie-

ran tomarlas, con tal de que las dejen un recuerdo de su entrevista amorosa.

Toda la actividad de las solteras se encamina a la conquista de un marido trabajador, y como la mejor manera de asegurar la solidez del lazo conyugal consiste entre estas gentes en que la mujer posea todo género de encantos, de ahí que las muchachas se entreguen al libertinaje mucho antes de la edad púber, valiéndose de los consejos y sortilegios de los hechiceros, que las enseñan el arte de agradar a los hombres, sin desdeñar la instrucción acerca de ciertas perversiones sexuales.

En Zululandia también son los hechiceros los que, por medio de fórmulas mágicas procuran la felicidad erótica en las uniones conyugales. Estos individuos se pintan de blanco el rostro y parte del cuerpo, dibujando sobre este fondo diversos signos cabalísticos. Las plumas de avestruz, con las que se adornan, tienen la virtud de preservar al mago de las influencias de los malos espíritus, a los que alejan valiéndose de una cola de caballo, que esgrimen a manera de disciplina cuando simulan defenderse de los ataques de los demonios malignos.

Todos los parásitos del cuerpo son considerados como encarnaciones de los demonios enemigos de la felicidad erótica, por lo que se lavan con mucha frecuencia, depilándose cuidadosamente todas las partes vellosas. Los hechiceros suelen conservar esos repugnantes insectos, especialmente las ladillas, con el fin de hacer mezclas que tienen propiedades antieróticas y que se aplican sobre los órganos sexuales de las mujeres cuando sus maridos tienen que permanecer alejados con motivo de las expediciones de caza o de guerra.

Los magos administran estas pociones a ruegos de los maridos celosos, que no confían bastante en la fidelidad de sus mujeres; pero, en cambio, ellos procuran que el hechicero les facilite los remedios mágicos más eficaces para rendir la virtud de otras damas que pudieran surgir en su camino.

Entre los *ashangos* del Congo los ritos fetichistas son dirigidos por los magos, los cuales son de varias clases, pues los hay especializados en la curación de enfermedades, en los partos, en los accidentes y, sobre todo, en las ceremonias eróticas, que constituyen una gran parte en la existencia de los indígenas centroafricanos.

Los negros imploran constantemente a sus dioses para que les conserve la energía viril, celebrándose fastuosas ceremonias, que

suelen durar varios días. Du Chaillu describe así un festival de esta naturaleza, que presenció en una aldea:

"El ídolo, de madera, era la representación monstruosa e indecente de una mujer. Estaba colocado en el extremo de una cabaña larga, estrecha y baja de techo, de doce a quince metros de longitud y de tres de anchura, pintada de rojo, blanco y negro.

"Cuando penetré en la cabaña, estaba llena de ashangos, colocados en orden a los lados, y teniendo delante antorchas encendidas, clavadas en el suelo. Entre la multitud se destacaban dos *mbuiti*, o sacerdotes vestidos de telas de fibras vegetales, con la piel pintada grotescamente de varios colores; un lado de la cara lo tenían rojo y el otro blanco, y en el centro del pecho una ancha lista amarilla; tenían también pintada la parte alrededor de los ojos. El resto de los ashangos estaba también pintado y listado de varios colores, y a la luz de sus antorchas parecían una legión de demonios reunidos para celebrar algún acto diabólico. Tenían arrolladas a las piernas tiras blancas, sacadas del corazón de la palmera; algunos llevaban plumas detrás de las orejas; otros, hojas retorcidas, en forma de cuernos, y todos, un manojo de hojas de palma en la mano.

"A poco de haber entrado en la cabaña, principiaron los ritos. Todos los hombres se sentaron y entonaron una especie de cántico ensordecedor. Cerca del ídolo había una orquesta, compuesta por tres tamborileros y un arpista. Los dos hechiceros se pusieron a bailar en el centro del templo, imprimiendo a su cuerpo toda clase de contorsiones, lo que daba un aspecto fantástico a la danza."

Lo que el célebre viajero francés no dice, es lo que sucedía al final de tales danzas. Y es que los dos magos elegían las parejas que, a su juicio, podían estar en mejores condiciones para realizar los actos sexuales, que ellos indicaban y que tenían lugar en medio de los mayores desenfrenos eróticos.

Los negros del Dahomey adoran a diversos ídolos, cuya custodia está reservada a los hechiceros que habitan los templos. Estos fetiches contestan a las preguntas que se les dirige, según la interpretación de los magos, y que frecuentemente está a tono con los obsequios que reciben de los adoradores de estas divinidades. Los salvajes impetran la protección de los ídolos para salir airosos en sus empresas eróticas. Antiguamente, hubo un rey, que se llamó Béhanzin, el cual dirigía personalmente las ceremonias sexuales, acompañado de sus esposas favoritas. Las mujeres adúlteras eran juzgadas con la mayor severidad, pero los castigos no se aplicaban

con tanto rigor. Si demostraban que cometieron el adulterio porque sus maridos no las satisfacían plenamente, eran condenadas a permanecer dos días enteros expuestas al público con una especie de yugo sobre los hombros y soportando en la cabeza un pedazo de tronco de un árbol sagrado, que, según los hechiceros, tenía la propiedad de librar a las mujeres de pensamientos voluptuosos. Estas figuras son adoradas actualmente en los templos dedicados a las deidades sexuales que gozan de todas las virtudes mágicas que les atribuyen la extremada superstición de los indígenas. (Lámina VII.)

EL SEXO Y EL MAS ALLA

¿Dónde acaba la vida sexual?—El paraíso de los musulmanes y las huríes del Profeta.—Significado erótico de las «guerras santas».—La abstinencia sexual para reservar energías.—El paraíso de los australianos.—La competencia de los espíritus malignos.—El asesinato como medio de formarse un harén en la otra vida. Razones del respeto a la mujer en Malasia. La sagacidad de los hechiceros.

En muchas religiones, y principalmente en el islamismo, la vida sexual no acaba en la existencia terrena, sino que, por el contrario, se prolonga aumentada por otros placeres más voluptuosos en el más allá. El "Korán" habla de las huríes del Paraíso que esperan pacientemente el arribo a las regiones celestiales de los buenos musulmanes para ofrendarles las múltiples delicias amatorias en que son diestras tan excepcionales mujeres.

La vida de un musulmán en la tierra es una suma continuada de placeres de todo género, entre los que ocupan un lugar preferente los deleites del amor. Estos serrallos, que abrirán sus puertas de par en par a los buenos creyentes, sin distinción de categorías ni clases sociales, representan la promesa más feliz de la existencia terrena de un islamita. Tanto es así, que los musulmanes más religiosos, y posiblemente los menos cultos, no tienen el menor interés en prolongar su estancia sobre la tierra, ni temen, por tanto, a la muerte. Esas célebres "guerras santas" que tanto han dado que hacer á los ejércitos europeos empeñados en la conquista de los países musulmanes, se hacían por gentes fanáticas, por verdaderos creyentes, que no temían perder la vida defendiendo su causa santa, ya que a continuación de ese sacrificio la recompensa erótica de la otra vida se consideraba como la razón más poderosa para no cejar en sus heroicos empeños de defensa o de conquista. Morir en la guerra santa era poco menos que abandonar la vida en olor de santidad; éstos eran los elegidos, los puros, los fieles a la hermosa religión de Ma-

homa, que tan bien sabe premiar los sacrificios de sus adeptos, ya que, a cambio de tan efímeros servicios, el bienestar, la felicidad, la abundancia, la juventud y los placeres eternos, eran el final magnífico de todas las desventuras terrenales.

El Cristianismo no habla de esos placeres en la otra vida; por lo menos, sus propagandistas procuran eludir lo que a este aspecto se refiere. No sabemos, pues, qué es lo que nos espera en el otro mundo, lo que, seguramente, no deja de influir en el desarrollo de la fe en el alma de aquellos que, no encontrando posibilidad en este mundo de substraerse al dominio de las doctrinas ascéticas, tampoco encuentran ofertas gratas en la lejana existencia de ultratumba.

Los isleños de la Polinesia creen ciegamente que la vida sexual en la tierra no es más que un pobre remedo, un efímero anticipo de la existencia que les está reservada en las ignotas regiones donde moran los espíritus. Hasta cierto punto, la abstinencia sexual no tiene otro fin que el de economizar las energías que tan necesarias han de ser en el otro barrio de los justos y los elegidos. Al contrario, los indígenas del archipiélago de la Sociedad procuraban disfrutar toda clase de deleites, y, cuando el desgaste natural imponía la necesidad de un freno, procuraban darse la muerte, a fin de seguir gozando los placeres que les esperazan más allá de la vida.

El paraíso de los australianos, según estas gentes, es un inmenso bosque de árboles de hermosos frutos y de flores bellísimas, en los que no hay fieras, alimañas, insectos ni fiebres palúdicas, ni nada, en fin, capaz de turbar la tranquilidad que espera a los elegidos en sus penumbras maravillosas. Y, naturalmente, hay mujeres; pero no mujeres negras, como las de su raza: son criaturas excepcionales, de piel tan blanca como las de las mujeres de los europeos y que, además, son estériles y no se deforman ni envejecen a consecuencia de los embarazos, los partos y la crianza de los hijos.

En Nueva Guinea, aquellos matrimonios que más hijos tienen, son los que están en las mejores condiciones de lograr los servicios sexuales de las mujeres de piel blanca que habitan en el paraíso. Un pueblo que recurre a la fecundación artificial cuando no pueden obtenerse los hijos por los procedimientos naturales, no tiene nada de extraño que viva con la esperanza de obtener las mayores recompensas celestiales entregándose con el máximo ardor a la producción de hijos en la tierra.

En todos los pueblos cuya religión coloca en lugar preferente a

la procreación, se observa que las prédicas de sus sacerdotes se encaminan principalmente en el sentido de divulgar las excelencias de la vida sexual del más allá.

Todas las mujeres, aunque mueran en las edades más avanzadas, recuperan en el otro mundo la lozanía y la fragancia de su remota juventud. La costumbre de lavar los cadáveres con toda pulcritud, especialmente los órganos genitales, obedece al convencimiento que tienen estos salvajes de que el espíritu debe llegar completamente puro y limpio a la mansión de los grandes espíritus.

Cuando muere algún individuo cuya existencia no ha podido ser considerada como modelo de virtudes y, por tanto, no puede aspirar a los placeres celestiales, sus deudos construyen una estatua de madera, en la cual debe vivir en adelante el alma del muerto, que, de otra forma, quedaría condenada a vagar eternamente, siendo causa de toda clase de enfermedades. Si se trata de una mujer de vida licenciosa, que no ha tenido hijos, también se la construye una estatua; pero la imagen es guardada en los templos en que se venera a los dioses malignos de las tribus enemigas. La estatua de la antigua prostituta pasa a convertirse en un dios malo, pero se la venera con el objeto de que castigue con su maldad a los enemigos del pueble en que vivió una existencia tan poco digna de ser imitada por las personas virtuosas.

Todos los individuos poco dignos de codearse con los espíritus de las personas decentes sólo pueden gozar del respeto y la consideración de sus convecinos después de muertos. Sus almas pasan a residir en esos muñecos de madera, que son algo así como perros de presa que se lanzan contra los enemigos en ocasiones determinadas. Cuando se quiere que el libertinaje se adueñe de las costumbres de los enemigos, se organizan grandes festivales en honor de los espíritus malignos, de los que se implora desencadenen sus furias contra los rivales odiados. Es de advertir que también éstos observan las mismas costumbres y que, a la vez, adoran a los espíritus que expulsaron de su sociedad los enemigos o que se consideran como nefastos. Esta curiosa competencia da lugar a que lo mismo las almas de los buenos que de los malos sean adoradas con el mismo fervor, aunque les será necesario salir de su patria chica para merecer tantos honores.

Los chanes de Birmania, de los que ya hemos hablado en otro aspecto, no creen en la existencia de un ser supremo ni que haya otra vida que ésta que está llena de espíritus malignos que habitan

en los campos, infestan las casas y rondan las malezas; y añaden que es necesario tener propicios a tales espíritus, porque, de lo contrario, pueden ocasionar grandes males, por ejemplo, destruir las cosechas o hacer estériles a las mujeres.

Cuando muere un hombre, su alma se une al gran espíritu de las selvas. Si la muerte ha sido natural, su espíritu está contento; pero si ha sido asesinado, ronda a sus parientes hasta que su muerte es vengada con sangre. El asesinado se convierte en esclavo del asesino en el mundo de los espíritus, de modo que si un hombre asesina muchas personas en esta vida, tendrá muchos esclavos en la otra.

Esta pintoresca teoría daba lugar antiguamente a que los reyezuelos y personajes sacrificasen gran cantidad de personas para que, cuando los magnates murieran, pudiesen contar en la otra vida con abundante servidumbre. Hubo una época durante la cual los asesinatos de mujeres eran tan frecuentes, que las autoridades europeas de la colonia se vieron obligadas a imponer severos castigos. En una ocasión fué apresado un individuo de cincuenta años de edad, el cual había dado la muerte a dieciocho muchachas, con ánimo de que su espíritu fuese recibido por un verdadero serrallo al abandonar esta vida.

El criminal fué condenado a muerte; pero como la sentencia la fuese a ejecutar un verdugo indígena, se dirigió, suplicante, al jefe de las fuerzas para que él, personalmente, le diese la muerte, ya que prefería ser su esclavo en la otra vida. El jefe blanco no accedió a la súplica, y, viéndose perdido el indígena, se precipitó de cabeza contra una piedra, con tal violencia, que se fracturó la base del cráneo, muriendo instantáneamnete. Con esta muerte consiguió, según sus convecinos, que su espíritu pudiese aprovecharse de las esclavas que había asesinado.

En Sumatra y Borneo, los hombres se aseguran la felicidad sexual en la otra vida ofreciendo regalos a las niñas de corta edad. En el paraíso malayo está permitida la poligamia, aunque no se permite la procreación. Por esto, cada individuo que muere debe cuidar antes de conquistarse el afecto de las muchachas, arrancándoles la promesa de que en la otra vida le devolverán adecuadamente sus atenciones. Al decir de un religioso, una de las principales razones del respeto que la mujer inspira entre estos indígenas varones, estriba en la esperanza citada.

Es extraño que los malayos no crean demasiado en los dioses ni

sean muy religiosos, mientras que no hay uno que sea capaz de negar la existencia de un paraíso en el que se dan cita con sus mujeres preferidas todos los hombres que fueron desdeñados por ellas. En la otra vida no puede haber rencores ni diferencias de ninguna clase, y las mujeres se muestran mucho más amorosas y sumisas que lo fueron en el mundo de los vivos. La razón que dan los hombres para explicar tan notable metamorfosis del carácter femenino es que las mujeres son menos solicitadas en la otra vida que en ésta, y ellas, ante el temor de que exista una tercera vida, se entregan con la mayor facilidad, a fin de estar protegidas constantemente por los hombres.

Los indígenas de Bolivia, el Paraguay y otros países del Sur de América, son bastante moderados en algunos aspectos de la vida sexual. No obstante, esta conducta no es del todo desinteresada, porque creen ciegamente en que en el más allá existen deleites infinitamente más intensos que los que se experimentan en la vida terrenal. Por otra parte, procuran no excederse en sus transportes amorosos, porque la lujuria y el vicio son causa de que no puedan gozarse esos deleites ultraterrenales, como castigo de su conducta anterior. (Lámina VIII.)

Por lo general, se abstienen de practicar el coito durante todo el tiempo que dura el embarazo, porque tal desenfreno daría lugar a que las hijas se entregasen a la prostitución y a toda clase de vicios sexuales los varones gestados en estas circunstancias.

Cuando muere una mujer, se la lava y se la adorna cuidadosamente, a fin de que llegue a la otra vida bien engalanada y en condiciones de interesar a los espíritus de los galanes que murieron con anterioridad.

Las apinages brasileños tienen las mismas o parecidas creencias. Hasta que llegan a los treinta años de edad, no tienen inconveniente en abusar de los placeres sexuales en la medida que les permiten sus energías; pero después procuran conservar las fuerzas viriles, ante el temor de que pudieran faltarles en la otra vida, en la que cada hombre puede tener tantas mujeres como quiera, las cuales no envejecen nunca, ni quedan embarazadas, ni se niegan a satisfacer todos los deseos de los hombres.

Se cree, además, que se pueden experimentar todos los placeres, sean de la índole que fueren, sin que el organismo sufra el menor desgaste, por muchos excesos que se cometan. Un indígena del Cha-

co paraguayo decía a un viajero que la vida en el paraíso "era un sueño continuo de coca", puesto que los seres podían modificar a su antojo todos los aspectos de la vida ultraterrena, a excepción de lo que se refiere a la potencia genital, que, si es cierto que no desaparece, también es verdad que el que arriba a la región de los justos impotente, así quedará para toda la eternidad.

Los hechiceros suelen efectuar diversas ceremonias para conjurar el poder de los espíritus de la impotencia. Si cuando muere el individuo no se hubiera logrado devolverle su potencia generadora, el mago implora de los grandes espíritus la protección del elegido, el cual, aunque llegue impotente a las regiones celestiales, ha puesto de su parte todos los medios para aliviar su estado. Los que tienen que renunciar, forzosamente, a tales beneficios, son los que mueren sin haber desagraviado a los espíritus de la tribu, unos por incredulidad y otros por falta de medios económicos con que sufragar los gastos de las ceremonias realizadas por los magos. No obstante, si, después de muerto el indígena, la familia puede pagar al hechicero su trabajo, éste procura que los astros le notifiquen si el espíritu del muerto está dispuesto a aceptar el sacrificio de sus parientes vivos. Generalmente, los astros contestan siempre en sentido afirmativo; el hechicero cobra su trabajo; la familia queda tan satisfecha, y el espíritu del muerto se dedica a conquistar cuantas mujeres quiera, a fin de pasarlo en su nueva existencia de la manera más distraída posible.

Aún le queda un recurso al espíritu del muerto, en el caso de que no haya podido ser redimido por sus parientes: puede trabajar en el paraíso, y, con el producto de su trabajo, comprar la autorización correspondiente para ejercitar los mismos derechos que les pertenecen a los justos o a los que abandonaron esta vida quedando decentemente con los hechiceros.

No nos es posible, ni es interesante tampoco en esta obra, referirnos con más extensión a este curiosísimo aspecto de la vida sexual de los pueblos salvajes, entre los que tanta importancia se concede a la erótica. Ahora bien, lo que sí puede asegurarse, es que la creencia más generalizada, es que la vida sexual no acaba en la existencia terrenal, sino que también pueden disfrutarse sus placeres en el más allá.

A deducir de los datos que conozco, la generalidad de los salvajes estiman que en el otro mundo las gentes viven de una manera

mucho más democrática que en la tierra, puesto que no existen divisiones de casta. Así es como le está permitido al más humilde aspirar al amor de una princesa y cómo una humilde pastora puede unir su vida eterna a la de un príncipe fabuloso, como sabemos que ocurre en los cuentos de hadas.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

LAS CEREMONIAS DE INICIACION SEXUAL

La respetabilidad de las funciones sexuales. La responsabilidad de la perpetuación de la raza. — Una ceremonia entre los indios del Brasil.—El desarrollo pubertal.—El simbolismo de los adornos.—Las matronas.—Los australianos.—Los tahitianos.—La «Chensamwali» de los africanos.—Las enterradas vivas. Cómo se preparan las mujeres esquimales. Los zulús.—En la India.—En Asia.—Las solteras siberianas 9

EL GALANTEO Y EL NOVIAZGO

Iniciación y selección.—La aptitud profesional, como base del galanteo.—La belleza por el tatuaje.—Cómo se embellecen las isleñas de Salomón.—La visita de los pretendientes.—La danza en Nuevas Hébridas«.—En Australia. El matrimonio de ensayo en Nueva Guinea. El galanteo en Sumatra.—La mujer y el árbol.—El «hula-nula».—El noviazgo entre los cafres.—Los amantes que duermen.—La danza, base del galanteo 25

COSTUMBRES MATRIMONIALES

La pureza de las costumbres primitivas.—Las razas del Océano Pacífico.—La compra de la esposa en Samoa. — Ceremonia matrimonial. La senda de cuerpos humanos.—El matrimonio en Tahití.—En Nueva Guinea.—Una boda en Nueva Bretaña.—Los negritos de Filipinas. Matrimonios precoces. — Los beduínos. — Los «bakongos» y su «tam-tam».—El matrimonio y el divorcio entre los «fellahs».—En la India.—Un harén persa 37

Páginas

EL EMBARAZO Y EL PARTO

La prueba del fuego en Siam.—La placentofagía.—Los árboles estériles.—La diosa «Madre» y las «mujeres-demonios».—En el Turkestán.—La legalidad del infanticidio.—Contra los malos espíritus.—El embarazo y el divorcio.—El aplastamiento de cabezas.—Las tribus de Oceanía.—La magia de los trajes.—El porqué del baño.—La abstención forzosa.—El parto entre los polinesios.—Los cuidados del niño. 49

LA MAGIA EROTICA

Los dolores y los placeres de la vida.—Los sacrificios humanos en Tahití.—El canibalismo. Magia y libertinaje.—La erótica como religión. La luna y el amor.—La prueba de la sangre. Los hechiceros australianos.—La magia de la impotencia.—Las extraordinarias hazañas del dios Dhuramoolan.—La comunión de la sangre.—El culto de los restos humanos.—El faquirismo erótico.—La magia erótica en otros pueblos 65

EL SEXO Y EL MAS ALLA

¿Dónde acaba la vida sexual?—El paraíso de los musulmanes y las huríes del Profeta.—Significado erótico de las «guerras santas».—La abstinencia sexual para reservar energías.—El paraíso de los australianos.—La competencia de los espíritus malignos.—El asesinato como medio de formarse un harén en la otra vida. Razones del respeto a la mujer en Malasia. La sagacidad de los hechiceros 81

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Iniciación sexual de las niñas 16

LAMINA II
Jóvenes indios brasileños 17

LAMINA III
Guerrero tahitiano 32

LAMINA IV
Doncella de Zululandia 33

LAMINA V
Conducción de una novia beduína 48

LAMINA VI
«Tam-Tam» bakongo 49

LAMINA VII
Idolos del Dahomey 64

LAMINA VIII
Indígenas bolivianos 65

En el próximo volumen

PERVERSIONES DE PUEBLOS INCULTOS

La religión, la magia y las perversiones sexuales.—El homosexualismo entre los salvajes.—El canibalismo erótico.—El sadismo y el masoquismo.—La locura erótica

EDITORIAL FENIX
MADRID
FERRAZ, 27 (VIII)
APARTADO: 8025



A. Martín de Lucenay

Diplomado en Sexología. Ex agregado en las misiones de Lucha contra la trata de blancas en Sudamérica y Tráfico de estupefacientes en Extremo Oriente

TEMAS SEXUALES



NADA se ha hecho en el mundo en idioma castellano tan extraordinario en su género como esta colección, que constituirá una selecta y completísima biblioteca, integrada por 60 volúmenes que abarcarán el tema en todos sus múltiples aspectos.

INDICE DE LOS PROXIMOS TITULOS

Perversiones de pueblos salvajes.—Mujeres de historia.—Los extravíos de los magnates.—Los mitos del amor.—El culto fálico.—La magia, el amor y el sexo.—Los ritos satánicos.—Los fenómenos del histerismo.—El médico ante el problema.—Pedagogía sexual.—etcétera.

1'25 pesetas

En la Argentina: $ 0,60 m/n
En los demás países, al precio equivalente en moneda nacional